

JOSÉ MARTÍNEZ RIVES, PROFESOR, PERIODISTA Y
ESCRITOR "BURGALÉS", AUTOR DE UNA
TERCERA PARTE DE DON QUIJOTE.

MARÍA LUISA TOBAR

Università di Messina

RESUMEN: *En este ensayo se ha reconstruido la vida y la obra de uno de los más representativos intelectuales de la cultura burgalesa en la segunda mitad del siglo XIX, José Martínez Rives, periodista, miembro de las academias de Historia y de Bellas Artes, profesor y director del Instituto de Burgos y director del recién creado Museo de Burgos, que escribió textos poéticos, teatrales y narrativos, entre ellos una tercera parte del Quijote.*

ABSTRACT: *In this critical essay a reconstruction has been made of the life and works of Jose Martinez Rives, one of the most representative intellectuals of the second half of the 19th century belonging to the Burgalesa culture. Rives was a professor, a journalist, a member of the Academies of "Historia" and of "Bellas Artes", as well as the director of the Museum of Burgos. He also wrote poetry, theatrical works and narrative text, including a third parts of Don Quijote.*

Hace años tratando de conseguir noticias sobre Domingo Hergueta, encontré un texto mecanografiado suyo sobre la imprenta en Burgos desde sus orígenes hasta principios del siglo XX (1) que me pareció sumamente interesante. Hojeando los cuatro tomos de que está compuesto, me topé con la indicación de un título que llamó mi atención: se trataba de una tercera parte de Don Quijote escrito por un tal Bachiller Avellanado (pseudónimo de José Martínez Rives). Una obra, según Hergueta, salida de la imprenta burgalesa de Blas González en 1865. Aunque en ese momento mis investigaciones iban por otros derroteros, tomé buena nota, hice fotocopias y las guarde para mejor ocasión. La ocasión se presentó en el cuarto centenario de la publicación del Don Quijote, pues la Asociación de Hispanistas italianos, a la que pertenezco, organizaba un congreso enteramente dedicado al Quijote y me pareció el mejor momento para hablar de una nueva versión de la obra cervantina, absolutamente ignorada, incluso por los mayores estudiosos del caballero manchego. Así pues, empecé a buscar afanosamente noticias del autor de esa reescritura quijotesca de la segunda mitad del siglo XIX. La tarea no ha sido fácil, pues he tenido que ir recogiendo datos poco a poco y reconstruyendo su vida y su obra con paciencia, hasta componer un cuadro bastante completo de la heterogénea personalidad de José Martínez Rives. El resultado de mis pesquisas lo he expuesto en parte en el Congreso ya citado de los hispanistas italianos y en un artículo publicado en un número de la revista *Añil* dedicado al Quijote (2). Aunque no voy a repetir lo que ya dije entonces, si quiero trazar sintéticamente el perfil de este intelectual “burgalés”.

(1) Domingo Hergueta, *La imprenta en Burgos y su provincia (1475-1920)*. Se trata de un texto en cuatro volúmenes que merecería una moderna edición, pues constituye una fuente inestimable para reconstruir la historia de la imprenta burgalesa. En los cuatro tomos, además de registrar todas las obras publicadas en Burgos a través de los siglos, cataloga y da noticias puntuales de los periódicos y añade un diccionario de periodistas.

(2) María Luisa Tobar, «Una tercera parte de Don Quijote del siglo XIX, compuesta por el Bachiller Avellanado», *XXIII Congresso dell'Associazione Ispanisti italiani. "L'Insula del Don Chisciotte. Linguistica contrastiva tra italiano e lingue iberiche"*. (6 ottobre 2005, Palermo), Palermo, Flaccovio, 2007, pp.177-190; y «De cómo el Bachiller Avellanado hizo que Don Quijote despertara de su secular sueño en la cueva de Atapuerca», *Añil. Cuadernos de Castilla-La Mancha*. El año Quijote: 28 aproximaciones al libro, al autor y al Centenario (n. 30, otoño-invierno), 2006, pp. 11-14.



Fig. 1. José Martínez Rives. AHP Burgos.

José Martínez Rives, burgalés de adopción, nace en Madrid, en febrero de 1820 (3), hijo de Don Juan Martínez Alonso y de Doña Francisca Rives Queraltó (4). Una alusión a su edad la encontramos en el Prólogo "Al que leyere u oyere leer" de la versión de su *Don Quijote* publicada en *El Eco Burgalés* donde, con el pseudónimo de Bachiller Avellanado, escribe: «tuve el valor de esperar para esto y para todo la edad del árabe Cide Hamete Benageli, y de rasgar cuanto hice antes de cumplirla» (5); mientras que en el de *El Caballero de la Triste Figura* modifica algo la frase: «Pues con todo y con eso, sábetete que tuve la resignación de esperar la edad del inmortal Manco de Lepanto para escribir estas palabritas que vas leyendo,

(3) Cfr. Diario de Burgos, D. José Martínez Rives, 2 de julio de 1895. En la *Partida de defunción de José Martínez Rives, viudo de Cándida Añibarro* (N.6, 14 del Libro de finados, n. 9 julio 153 de la parroquia de San Gil de Burgos) firmada el 1 de julio de 1895 por el cura ecónomo Don Tiburcio Peña, también consta que era madrileño. En la ficha de *El Cruzado* Hergueta escribe: «y del cual eran únicos redactores del periódico D. José Martínez Rives, madrileño y D. Rafael Monje y González [...]» (*Op. cit.*, tomo IV, 97).

(4) *Partida de defunción ... cit.*

(5) Hergueta, *Op. cit.* tomo III, p. 50.

que es el gran golpe de elocuencia que te tenía cuidadosamente reservado.»(6). Más adelante vuelve a insistir en el tiempo que ha esperado antes de decidirse a escribir su *Don Quijote*: «Y con todo esto, digo que esperé a mis cuarenta y ocho, disculpa tal, a mi juicio y al de la almohada de mi cama, capaz de componer y de curar en estos días la más redonda calaverada que me presentares.» (7). Y puesto que esa tercera versión es precisamente de 1868, el autor indirectamente nos dice que nace en 1820 (8). Probablemente pasó algunos años de su adolescencia en Toledo, esto se podría deducir de las palabras que él escribe respondiendo a un periodista de *El colonizador de Toledo*: «infinitas gracias, amigo queridísimo y compañero; no merecemos tanto y cariño os ciega. Cierto que es Fíguro ese que entrevéis; somos entrambos los que la niñez y juventud pasamos cerca de los atrios del alcázar de los reyes de Castilla. Días trascurrieron muchos para los dos, como para el cedro, que arraiga aún en la roca de su suelo cuanto más en la tierra agradecida » (9).

Consiguió el título de bachiller en Filosofía y Leyes por la Universidad de Valladolid (10) y de Licenciado en Leyes por la de Madrid. Para su sólida formación intelectual fueron decisivas las enseñanzas recibidas de hombres de gran renombre cultural, como son Alberto Lista y Juan Nicasio Gallego; y no menos importante para su desarrollo intelectual y moral fue su tío materno Ignacio Rives Mayor, Arzobispo de Burgos, al lado del cual se educó (11). Es muy probable que el traslado a Burgos de José Martínez Rives se deba precisamente a la presencia en la sede arzobispal de la capital castellana de su tío que estuvo allí desde 1832 hasta 1840 (12). En efecto,

(6) *El Caballero de la Triste Figura*, núm. 1 domingo 1 de marzo de 1868. p. 1

(7) *Ibidem*, p. 2.

(8) Es significativo que en la versión de *El Caballero de la Triste Figura* (1888), coloque el inicio de la historia en 1864: «Eran las seis de la mañana del día doce de mayor del año mil ochocientos sesenta y cuatro [...]» (n. 1, del 1 de marzo de 1868, p. 1)

(9) *Fíguro*, 9 de noviembre de 1879, p. 4.

(10) Según Ignacio Ruiz Vélez y Rafael Pampliega Pampliega, (*El colegio de San Nicolás. Instituto Cardenal López de Mendoza (1538-1967)*, Burgos, Instituto Municipal de Cultura y Diputación Provincial de Burgos, 2007, p. 146) dio clases de Mitología, Historia y Geografía en esa Universidad.

(11) Diario de Burgos, martes 2 de julio de 1895, p. 2.

(12) Fue preconizado arzobispo de Burgos el 25 de febrero de 1832 (hasta entonces había sido obispo de Calahorra), toma posesión por procurador el 25 de junio y hace su entrada pública el 10 de julio de ese mismo año y ejerció su cargo

excepto un breve periodo que estuvo en Logroño, toda la actividad de Rives como profesor, como escritor y como periodista la realiza en Burgos, donde se casa con la burgalesa Doña Cándida Añíbarro, de la que tuvo tres hijos, Manuel, José y Juan y donde muere «el día veinte y nueve de Junio próximo pasado a las siete y media de la tarde de inanición sintomática» (13). Martínez Rives comenzó su labor docente, como catedrático sustituto de Mitología e Historia, en 1845 en el instituto de segunda enseñanza que había sido instituido por Real Orden del 27 de octubre de ese mismo año (14); de hecho, tres días después de la institución, la Junta nombra catedráticos sustitutos, entre los que se cuenta Martínez Rives (15). En los cursos sucesivos se encargará también de las clases de historia y geografía (16). En 1850 gana la cátedra del Instituto de Logroño y, el 2 de enero de 1851, se incorpora a su nueva sede, como catedrático numerario de Geografía e Historia, ocupando el puesto de Director interino (17) hasta causar baja por traslado el 11 de febrero de 1854 (18), fecha en que regresa, como catedrático, al Instituto de Burgos, del cual tres años después es nombrado Director, cargo que ejerce desde 1857 hasta 1864 (19). Si estamos a la breve noticia que se publica en el diario liberal *La Iberia* fue destituido del cargo por alguna supuesta irregularidad:

Según dicen de Burgos, parece que el director de aquel Instituto, don José Martínez Rives, ha sido suspenso por el rector, fundándose en los antecedentes que obraban en aquella rectoría, y por el resultado de la última inspección o visita que se giró, mandando que se ponga esta determinación en

hasta su muerte que tuvo lugar el 31 de octubre de 1840 (Manuel Martínez Sanz, *Boletín Eclesiástico de Arzobispado de Burgos*, 1873-1874, T. 16 y 17, pp. 203-204)

(13) *Partida de defunción...* cit. Hergueta, en cambio, da como fecha de su muerte el día 30, *Ob. cit.*, t. III, p. 24

(14) Ignacio Ruiz Vélez y Rafael Pampliega Pampliega, *El colegio de San Nicolás...* cit., p. 116

(15) *Ibidem.* p. 118.

(16) I. Ruiz y R. Pampliega, *El colegio de San Nicolás...* cit., pp. 119-121

(17) Cfr. *Calendario Manual y guía de forasteros de Madrid 1851*, Madrid, Imprenta Nacional, 1851, p. 459.

(18) Boletín Oficial ... Cfr. I. Ruiz y R. Pampliega, *El colegio de San Nicolás...* cit., p. 146.

(19) En la dirección del Instituto he visto su cuadro, junto al de los demás directores, y debajo consta la fecha de su dirección



conocimientos de la Dirección. Ha sido nombrado interinamente para el desempeño de aquel cargo el doctor en jurisprudencia y canónigo de aquella santa iglesia, don Fabián Yarto (20).

Ismael García Ramilla (21) dice sintéticamente que fue primero miembro de la junta de profesores, cuando el instituto retomó su actividad y en la fecha indicada director. Noticias más extensas y detalladas sobre su intensa labor docente (y también de la de su hijo Manuel) nos las proporcionan Ruiz y Pampliega (22), quienes, destacan, entre otras muchas cosas, su tesón, gracias al cual se introducen «los llamados estudios de ampliación a los que se refería una Real Orden de 25 de abril de 1858» (23). Durante estos años, José Martínez Rives publica varias obras de carácter didáctico, entre ellas una Historia de España (1870) y también una *Memoria expresiva del estado del Instituto de Segunda Enseñanza de Burgos, al principiar el curso académico de 1861 a 1862* (24). En esta obra Martínez Rives hace una interesante relación sobre el Instituto. El texto contiene más de 19 de cuadros estadísticos y un inventario de todos los efectos del Instituto, de sus gabinetes de Física, Química, Geografía e Historia Natural. Sus obras didácticas seguramente fueron conocidas y apreciadas fuera de la provincia de Burgos pues en El Imparcial se lee:

Nuestro apreciable colega radical el Independiente, de Burgos, dice que su colaborador el Sr. Martínez Rives acaba de publicar una obra tan concienzuda como todas las suyas, o sea un método para estudio de las asignaturas de la segunda enseñanza, facultad y preparatorio para las carreras especiales, civiles y militares, al que seguirá un tratado completo de filosofía, adaptado a la índole y progresos de los conocimientos modernos.

(20) *La Iberia*, 26 junio 1864, p. 1.

(21) Ismael García Ramilla, *El Instituto Nacional de Enseñanza Media Cardenal López de Mendoza de Burgos*, 2ª ed. Excmo Diputación Provincial de Burgos, 1995, p. 59

(22) I. Ruiz y R. Pampliega, *El colegio de San Nicolás...cit.*, pp. 115-140. En las pp. 146-147 y 152-153 se publica sintéticas biografías respectivamente del padre y del hijo.

(23) *Ibidem*. p. 135

(24) Hergueta III, *Ob. cit.*, tomo III, p. 31.

El Sr. Rives lleva treinta años de profesorado, es hombre de gran erudición, y filósofo por sus estudios y por su temperamento. Ha hecho buenos servicios a la enseñanza pública, que es su afición especial, y creemos que la obra anunciada por nuestro colega burgalés será tan notable como otras que anteriormente ha publicado (25).

El año 1864 marca un cambio de rumbo en su vida, pues deja el cargo de Director del Instituto burgalés para dedicarse más intensamente a su tarea de escritor, actividad que compagina con la de periodista. De hecho, José Martínez Rives colabora asiduamente con varios periódicos y revistas de Burgos: *El Cruzado* (del que fue único redactor junto con Rafael Monje y González), *Castilla*, *El Fomento*, *El eco de Castilla*, *El Papa-Moscas*, *El Cencerro*, *El Pico de Toralvillo* (en el que suscribe como Josepín unos Espectáculos), *Ecos de Burgos*, *El Martinillo*, *El heraldo de Castilla*, *Páginas castellanas*, *El Sereno*, *Álbum de la Academia de Ciencias*, *La Ilustración de Burgos*, *Artes y Bellas letras de Burgos* (de la que es primer vocal). Fue director y propietario de los periódicos: *El Cid*, *El Eco Burgalés*, *El Cencerro*, *Fíguro*. Es fundador, propietario y director de otros: *El Civilizador* (26), *El Fomento* (en el que firmaba con el seudónimo de Demócrito y Heraclio), *El Caballero de la Triste figura*. Muchos de estos periódicos tienen corta duración, pero denotan un fermento cultural por parte de algunos intelectuales burgaleses que publican, en las páginas de estos periódicos, artículos culturales y literarios. En Burgos, como en otras muchas ciudades, los periódicos sirven de vehículo a la literatura. En la ciudad castellana también se sigue la moda de publicar textos literarios por entregas, y Martínez Rives, además de artículos culturales, escribe textos literarios, entre los que hay que destacar su *Tercera parte de Don Quijote*.

Persona sumamente activa no se limita a ejercer su profesión docente y de periodista, sino que participa intensamente en la vida

(25) *El Imparcial*, diario liberal, domingo 27 de agosto de 1871, p. 3.

(26) En el diario progresista *La Nación* (27 febrero 1856) se lee: «La revista que con el título de *El Civilizador* publica en Burgos el apreciable escritor don José Martínez Rives va obteniendo cada día mayor aceptación, tanto por sus variados y elegantes artículos, como por las tendencias morales que revelan todos los escritos que aparecen en la preciosa revista del señor Rives, a quien felicitamos cordialmente, y porque comprendemos toda la importancia social de su publicación».

socio-cultural burgalesa, demostrando gran interés por el patrimonio artístico, literario y cultural de la provincia, pero también por los aspectos económicos, geográficos como prueba *La memoria geológica de la provincia*, que hizo para la Diputación. Como reconocimiento de su labor en todos estos ámbitos fue nombrado «vicepresidente de la Junta Provincial de Agricultura, Industria y Comercio, vocal de la Junta Instructora y de la de Monumentos» (27). Como secretario de la Comisión Provincial de Monumentos favorece e impulsa las actividades arqueológicas de la provincia de Burgos (28).

Me parece superfluo decir que se trata de un autor desconocido por lo que, como he dicho antes, ha sido bastante difícil encontrar noticias sobre su vida. He tratado de ir siguiendo pistas y con fatiga he ido recogiendo datos diseminados aquí y allí hasta reconstruir, por lo menos en parte, su vida y sus obras. La primera noticia nos la proporciona Manuel Ossorio y Bernard, contemporáneo suyo que en 1868 dice que Martínez Rives fue escritor y catedrático de literatura en Burgos, corresponsal de la Academia de Bellas Artes de San Fernando y añade que

Dibuja de afición, y aun algunas veces con destino a publicaciones periódicas: en un artículo publicado en el Semanario pintoresco español, relativo a la catedral de Burgos, acompañó un buen dibujo de La capilla del Condestable; a la Descripción del Monasterio de Huelgas otro, y varios más que podemos detallar (29).

Además de pertenecer al Ateneo de Madrid, fue socio correspondiente de la Real Academia de Historia, cuyo nombramiento es del día 2 de junio de 1866 (30) y de la Academia de San Fernando desde

(27) I. Ruiz y R. Pampliega, *El colegio de San Nicolás...cit.*, pp. 146-147.

(28) *Historia de Burgos*, vol. IV Edad contemporánea. Caja de Burgos 2006, p. 479

(29) M. Ossorio y Bernard, *Galería Biográfica de Artistas españoles del S. XIX*, Tomo II, Madrid, Imprenta a cargo de Ramón Moreno, 1869 (fuera 1870), p. 34. Cfr. También María Luisa Tobar, «Una tercera parte de Don Quijote del siglo XIX ...», *cit.* p. 177.

(30) Tres años antes de su muerte, en el *Anuario de la Real Academia de Historia a principios de 1892*, en el cual, en conformidad con el Artículo 23 del Reglamento se publica el Catálogo de los Académicos con distinción de sus clases y antigüedad, consta su nombre como socio correspondiente de Burgos (Cfr. <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/35715953114683728522202/p0000001.htm>).

el día 6 de abril de 1886. El 17 de julio Martínez Rives escribe una carta agradeciendo el nombramiento y otra en la que autoriza a otra persona para recoger su título. En 1887, todavía seguía ejerciendo su profesión de profesor, puesto que fue propuesto para el cargo de vicepresidente de la Comisión de monumentos de la provincia de Burgos, pero parece que renunció al puesto por su intensa labor en la docencia, como podemos ver por el expediente sobre un escrito suyo, como correspondiente de la Academia en Burgos, en el que se manifiesta la imposibilidad de que éste asuma la vicepresidencia de la Comisión de Monumentos de aquella provincia por las obligaciones inherentes a su profesión de Catedrático. Transcribo los documentos

Burgos

El Señor D. José Martínez Rives, correspondiente en Burgos, participa en oficio de 9 de Agosto último que no le es posible encargarse de la Vicepresidencia de la Comisión de monumentos de aquella provincia, porque su profesión de catedrático le obliga á explicar nueve clases semanales, y pende de lo que la superioridad determine en consecuencia de su nombramiento para formar el Tribunal de oposiciones á la cátedra de Geografía é Historia del Instituto de Teruel.

16 Set 87

á la Com.n organizadora

Real Academia de la Historia

Exc.mo Señor D. Pedro de Madrazo, Presidente de la Comisión mixta organizadora de las provinciales de monumentos.

Exc.mo Señor

Por acuerdo de nuestra Real Academia de la Historia paso a V. E., como Presidente de la Comisión mixta organizadora de las provinciales de monumentos el oficio adjunto que el Señor D. José Martínez Rives, correspondiente en Burgos, ha dirigido á nuestro instituto participando no serle posible encargarse de la vicepresidencia de aquella comisión de monumentos por las razones que indica.

Dios guarde. Madrid, 24 de septiembre de 1887 (31).

(31) CABU/9/7947/16(1-2)

Como hemos dicho, Martínez Rives muere el 29 de junio de 1895, a la edad de 75 años. El día 1 de julio, en la sección de noticias locales del Diario de Burgos, se lee:

Esta mañana se ha verificado el entierro del señor D. José Martínez Rives, catedrático jubilado de este instituto.

Era el señor Martínez Rives un hombre de privilegiadas y varias facultades, que había publicado no pocas obras literarias y científicas, entre ellas la tercera parte del Quijote, varios dramas, la leyenda "El castillo de Carazo", premiada en unos juegos florales, un compendio de geografía y otras muchas.

Colaboró en casi todos los periódicos que se han publicado en Burgos y dirigió un tiempo el *Fígaro*.

Ha muerto a edad muy avanzada, ya retirado de sus trabajos y después de larga enfermedad.

Por su cátedra, que desempeñó más de cuarenta años, han pasado cuantos en Burgos figuran.

A su entierro han asistido el claustro del instituto y la comisión de monumentos.

Descanse en paz. (32).

Al día siguiente, el mismo periódico dedica un artículo más extenso, titulado *D. José Martínez Rives*, en el cual se dan noticias concretas sobre su formación cultural y su intensa actividad como profesor, como periodista y como escritor, sin olvidar su competencia en el campo artístico y cultural. Transcribo el texto:

No habiéndonos sido posible hacerlo ayer por exceso de original, en el presente número damos a conocer a nuestros lectores algunos datos más de la vida del sabio profesor cuyo nombre encabeza estas líneas y que ha fallecido en esta ciudad.

D. José Martínez Rives nació en Madrid en Febrero de 1820. Fue discípulo entre otros de los esclarecidos maestros D. Alberto Lista y D. Juan Nicasio Gallego a quienes veneraba, y se educó al lado de su tío el arzobispo de Burgos, D. Ignacio Rives, de buena memoria.

(32) Diario de Burgos, lunes 1 de julio de 1895, p. 3. Aprovecho para agradecer sinceramente a Ignacio Ruiz Vélez que ha tenido la amabilidad de enviarme las fotocopias tanto de este artículo y del publicado el día 2, así como de la copia de la partida de defunción de José Martínez Rives.

Cursó las carreras de Filosofía, Jurisprudencia, Humanidades y Teología, obteniendo los títulos de las primeras a claustro pleno.

Entre las numerosas obras literarias que ha publicado, figura en primer lugar la tercera parte del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* que firmó con el pseudónimo de *Bachiller Avellanado*, y que mereció excepcionales elogios literarios y críticos tan eminentes como D. Juan Eugenio de Hartzenbusch, D. Ramón de Mesonero Romanos y otros contemporáneos de éstos. Poco después publicó los *Romances Castellanos* y multitud de poemas, odas y dramas que por el momento no es fácil detallar.

Entre las obras didácticas figuran tres de geografía, dos de historia universal, otras dos de historia de España y varios mapas. Deja inéditas, entre otros numerosísimos originales, una Gramática española y latina que señala una gran reforma en este género de estudios y la historia de Castilla a que consagró sus más entusiastas y constantes esfuerzos porque el señor Martínez Rives profesó tal amor a su Burgos y a su Castilla, que raro será el que ignore que no nació en el país a que consagró sus afanes y donde deja sus cenizas, del que no fue posible arrancarlo.

El señor Rives fue catedrático-proprietario de Geografía, Historia Universal e Historia de España, durante más de cuarenta años consecutivos; muy joven y recién terminadas sus carreras, fue director de los institutos de Logroño y Burgos, era abogado de los ilustres colegios de Logroño y Burgos. Bachiller en Filosofía. Regente en Mitología, Geografía e Historia Universal, miembro correspondiente de las Reales Academias de Bellas Artes de San Fernando y de la Historia, vicepresidente de la comisión de monumentos históricos y artísticos de la provincia de Burgos, etc.(33).

En 1903, ocho años después de la muerte de Martínez Rives, Osorio y Bernard, añado algún dato respecto a lo que había escrito treinta y cinco años antes:

Catedrático que fue largos años del instituto de Burgos, correspondiente de las Academias de la Historia y de Bellas

(33) Diario de Burgos, martes 2 de julio de 1895, p. 2.

Artes, fallecido en 30 de junio de 1895. Había escrito en los periódicos madrileños «Semanao Pintoresco Español», «El teatro», «La Ilustración Católica», y «El independiente», y fue colaborador de todos los diarios de Burgos, donde también dirigió el titulado «El Caballero de la triste figura» (1868) (34).

En su *Historia de la imprenta en Burgos*, Domingo Hergueta lo describe como un hombre muy culto e ingenioso, buen literato y excelente poeta (35) y en otro lugar de la misma obra (hablando de la revista *El Civilizador* hecha casi enteramente por Martínez Rives) afirma que es «uno de los más incansables periodistas que ha tenido Burgos» (36). Podríamos añadir que era también un excelente dibujante, como lo demuestra entre otros trabajos, el grabado de la Capilla del Condestable publicado en el *Semanao Pintoresco* 1 de agosto de 1841, como portada del mismo (37). Y su competencia en cuestiones que conciernen al patrimonio arqueológico viene reconocida al ser nombrado responsable de los fondos recuperados en la provincia de Burgos. Por Real Orden de 13 de junio de 1844 fueron creadas las Comisiones de Monumentos con el fin de recoger y reunir las obras de arte y el 28 del mismo mes quedó constituida la de Burgos, el 29 de noviembre se hizo cargo de la colección de pinturas Martínez Rives, quien luego fue nombrado director (38). En 1846 se

(34) Manuel Ossorio y Bernard, *Ensayo de un Catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*, Madrid, Imprenta y Litografía de J. Palacios, 1903-1904, p.262. Cfr. También María Luisa Tobar, «Una tercera parte de Don Quijote del siglo XIX...», *cit.* p. 178.

(35) D. Hergueta, *Op. cit.*, IV, p. 46.

(36) *Ibidem*, p. 129.

(37) «Debiendo acompañar al grabado que vá al frente de este número, y representa el interior de la magnífica *capilla* llamada del *Condestable* en la CATEDRAL DE BURGOS, la descripción de dicho monumento artístico, y teniendo presente que ya la hicimos en el general de aquella catedral inserta en los números 9 y 10 del año pasado de 1840, hemos creído ocioso el repetir aquí dicha descripción, que pueden ver nuestros lectores en aquellos números, prefiriendo dejar en blanco el reverso de la lámina, para que salga con mayor lucimiento este bello trabajo de los Srs. Martínez Ribes (sic) (que ha hecho el dibujo,) y Ortega, que le ha grabado sobre madera.» *Semanao pintoresco*, 31, segunda serie, Tomo III 1ª de agosto de 1841, p.243. El dibujo está en la p. 241.

(38) Cfr. Basilio Osaba y Ruiz de Erenchun, «La casa de Miranda, nuevo local del museo arqueológico de Burgos» en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, tomo LXIII, 1.- 1957, p. 301 y «El museo arqueológico de Burgos hasta su incorporación al cuerpo facultativo de archiveros, bibliotecarios y arqueólogos y después de la misma», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, tomo LXV, 1958, p. 646.

piensa en la necesidad de instituir un Museo Provincial donde instalar adecuadamente los bienes recuperados y al mismo tiempo designar un director, cuyo nombramiento recae en L. Gutiérrez, «pero será su sucesor José Martínez Rives, catedrático de Mitología e Historia del reciente creado Instituto de Segunda Enseñanza, Académico de las Reales Academias de Bellas Artes y de la Historia y secretario de la Comisión Provincial de Monumentos, quien favorezca e impulse las actividades Arqueológicas en nuestra provincia» (39).

Juan Carlos Pérez Manrique ha trazado el siguiente perfil de este profesor, periodista y escritor:

Martínez Rives fue un importante investigador y un buen maestro que había llevado la dirección del Instituto entre los años 1857-864. Paralelamente su vinculación al mundo periodístico fue permanente; su personalidad ya ha quedado constatada anteriormente dirigiendo o colaborando en otras publicaciones y más tarde le volveremos a encontrar en funciones semejantes. El resultado de esta doble dimensión –la de maestro y la de periodista– del director del semanario pudo ser la conversión del periódico en cátedra desde donde se elaboraban trabajos literarios –la tercera parte del Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha–, desde donde se contaban de forma amena asuntos históricos –Romances españoles–, se disertaban acerca de temas científicos o filosóficos y finalmente se concedía un rato de expansión o recreo –Variedades y Charada–. En definitiva, el periódico hecho escuela. Quizás ahí pueda estar la causa de la corta vida de la publicación. Evidentemente la problemática social y política del 68 exigía otro tipo de prensa (40).

Podemos decir que es un personaje polifacético que cultiva las ciencias, las artes y las letras. Dentro de su labor de periodista destacan sus interesantes artículos sobre el patrimonio artístico de la provincia de Burgos (41), que seguramente contribuyeron a su nombramiento de miembro correspondiente de la Real Academia de

(39) *Historia de Burgos*, vol. IV *Edad Contemporánea*, Burgos, Caja Burgos, 2006, p. 479. Véase también J. C. Elorza, B. Castillo y M. Negro, *150 años (1846-1996) del Museo de Burgos*, Burgos, Junta de Castilla-León, 1996, p. 11.

(40) J. C. Pérez Manrique, *Prensa periódica en Burgos durante el siglo XIX*. Excmo Ayuntamiento de Burgos. Imprenta Editorial Aldecoa, 1996, p. 103.

(41) Algunos de estos se encuentran en el semanario *Álbum de la Academia de Ciencias, Artes y Bellas Letras de Burgos*, n. 7.

Historia y de la de Bellas Artes de San Fernando y del Museo Provincial de Burgos recién instituido. Son artículos que sería interesante comentar con detenimiento, aunque en esta ocasión voy a centrar mi atención sobre todo en su tarea literaria. Obras que, excepto algunas que fueron publicadas en imprentas burgalesas, están diseminadas en las páginas de los periódicos que dirigía o en los que colaboraba, que en general tuvieron una vida efímera y que no siempre son fáciles de encontrar.

En *El Civilizador* (42), por ejemplo, publica numerosas composiciones poéticas, citamos entre otras: dos poemas en octavillas, *Un recuerdo a Burgos* (p. 82), que había escrito en Logroño el 4 de febrero de 1854 y *A la Virgen de los Dolores, Madre nuestra* (p. 94-95); otro en quintillas, *La amistad. Al Sr. D. M. A. M.* (p. 107); *La Fe. A D. Carlos Frontaura* (p. 203), en endecasílabos con rima asonante en los versos pares, que sigue a otro poema, *Redención*, que Frontaura le había dedicado (p. 203-204). Hay también una serie de poesías colocadas en la sección de los pasatiempos que demuestran el ingenio y la vena poética de Rives, cito solo un *Soneto forzado. Al monte llamado Cantabria* (p. 59).

Es muy probable que también sean de mano de Martínez Rives los *Romances españoles. Leyendas muy agradables de nobilísimos asuntos de la historia patria para apacible entretenimiento* publicados en la segunda sección de *El Caballero de la triste figura*, sin indicación de autor. Ratifican esta hipótesis los versos que leemos al final del Prólogo

Así que, solo he intentado
decir lo que ser debiera,
porque mi voluntad pura
conozcas y mi modestia,
mientras que del gran Quijote
las otras hazañas nuevas
te doy en muy breves días,
si es que el Cielo así lo ordena (43).

(42) El encabezamiento es el siguiente: *El Civilizador de Don José Martínez Rives. Revista Universal*. Se empieza a publicar el 16 de enero de 1856, sale los días 8, 16, 24 y último de cada mes y dura en su primera época hasta junio de ese mismo año. Tiene una numeración progresiva, por lo que cito poniendo número, día, mes y página al lado del título del artículo.

(43) *El Caballero de la Triste Figura*, n. 1, domingo 1 de marzo de 1868, p. 6. Es un periódico semanal que salía los domingos y su numeración es progresiva en la entera colección. En la Hemeroteca Municipal se conservan desde el número 1

En los números que he podido encontrar de ese periódico, Martínez Rives, bajo ese título genérico de *Romances españoles*, además de un Prólogo (44) en el que hace un recorrido rápido por la geografía de España, recordando a algunos de sus héroes y expresando el deseo de cantar sus hechos ilustres, publica varios romances: *Bernardo del Carpio* (45), compuesto de seis partes; *Sancho el Fuerte de Navarra* (46), de doce partes; *El caballo y el azor* (47) sobre la independencia de Castilla, de cuatro; *Sancho Saldaña* (48), romance que queda interrumpido en la parte cuarta.

En *El Papa Moscas* aparece un largo poema en versos decasílabos, *A Burgos*, un elogio a su historia y sus monumentos, y otro en versos octosílabos, *El pendón de las Navas* (27 mayo 1883). En el número 1 del 15 de julio de 1844 de *Castilla, revista quincenal de Ciencias y Bellas Artes* escribe una *Historia de Burgos* en verso. En el número 7 del semanario *Álbum de la Academia de Ciencias, Artes y Bellas Letras de Burgos*, se publica su poema *El Huracán* (49), dedicado a su amigo José Peralta Maroto, cuya primera estrofa en versos alejandrinos presenta, en tonos románticos, una pregunta retórica sobre la causa del aterrador, furibundo, feroz ruido que se oye. Mientras que en el número correspondiente al 12 de julio de 1879, en el periódico *Ecos de Burgos*, se publica un canto *A la luna* (50) en el que, a través de una serie de imágenes poéticas, evoca la belleza de la luna y su influencia sobre la naturaleza y sobre el hombre.

Algunas de las composiciones poéticas de Rives han sido escritas para celebrar determinados acontecimientos, son obras de circunstancias. Entre otras, podemos citar la obra dedicada *A la reina Isabel II*

hasta 14 el correspondiente al 31 de mayo de 1868, por un total de 112 páginas, hay también algunos números en la sección de periódicos de la Biblioteca Nacional. A partir de ahora, citaré solo el número del periódico y la página.

(44) *El Caballero de la Triste Figura*, n. 1, pp. 3-6.

(45) *El Caballero de la Triste Figura*, ns. 2-3, respectivamente pp. 12-14 y 21-23.

(46) *El Caballero de la Triste Figura*, ns. 4, 5, 6, 7, 8, 9 y 10, respectivamente pp. 29-31, 36-39, 45-47, 53-55, 61-63, 69-71 y 76-79.

(47) *El Caballero de la Triste Figura*, ns. 11 y 12, respectivamente pp. 85-87 y 93-95.

(48) *El Caballero de la Triste Figura*, ns. 13 y 14, respectivamente pp. 101-103 y 109-111.

(49) Citado por Hergueta, *Op. cit.*, t. IV, p. 155.

(50) Hergueta, (*Op. cit.* t. IV, pp. 193-195), transcribe todo el poema.

con motivo de su venida a Burgos, Burgos en 1845 (51). La *Corona poética (en colaboración con otros poetas)* publicada que se hizo en Burgos el 27 de mayo de 1860 para conmemorar el regreso de África del Batallón de Almansa (52). Otra *Corona poética* para celebrar la inauguración de la segunda sección del ferrocarril que tuvo lugar el 25 de noviembre de 1860 (53). Un *Homenajes poético a S. M. el Rey Alfonso XII*, para festejar su entrada en Burgos el 11 de febrero de 1875 (54).

Muchas de sus composiciones se inspiran en la Edad Media. Personajes, leyendas y tradiciones castellanas sirven como tema para algunas de sus obras. Entre otras podemos citar *El Castillo de Carazo*, leyenda, con la que obtuvo un accésit en los Juegos Florales de 1881, celebrados en Burgos durante las ferias de San Pedro y San Pablo (Timoteo Arnáiz, Burgos 1881), *El Romancero de la Jura de Santa Gadea* (Anselmo Revilla, Burgos, 1878). De la Iglesia de Santa Gadea y de su relación con el Cid volverá a hablar, un año después, en su periódico *El Fíguro* para sensibilizar la opinión pública sobre el problema de la conservación de los monumentos ciudadanos:

(51) *A la Reina Nuestra Señora (q. Dios G.) con motivo de su venida a esta capital en septiembre de 1845*, Burgos, Timoteo Arnáiz, 1845.

(52) *Corona poética (en colaboración con otros poetas). En conmemoración de la triunfante recepción que el pueblo de Burgos hizo al Primer Batallón de Almansa, el día 27 de Mayo de 1860, de regreso de África, y en justo recuerdo y agradecimiento a los insignes ingenios de esta ciudad*, Burgos, establecimiento tipográfico de la Excm. Diputación, a cargo de Jiménez, en 1860. Manuel Martínez Añíbarro y Rives (*Intento de un Diccionario biográfico y bibliográfico de autores de la provincia de Burgos*, Junta de Castilla y León. Consejería de Cultura y Turismo, 1993. p. 444.) cita esta composición en la ficha relativa a Julián Sainz Cortés y, después de indicar el título de las tres composiciones de Sainz Cortés y el título completo del volumen poético, dice que en esta «Corona» aparecen las firmas de Calixto de Quevedo, José Martínez Rives, Raimundo Miguel, Juan Díez Revenga, Benito Vicente García, M. Llorente, D. G. M. G., Vicente García Alonso, C. C. S., Alberto López Díaz y Zacarías Casabal

(53) *Corona poética (en colaboración con otros poetas), dedicada a la inauguración de la segunda sección del ferrocarril del Norte, que ha tenido lugar en el día 25 de noviembre de 1860* por la Excm. Diputación y el Excmo Ayuntamiento de Burgos, a cargo de Jiménez, 1860. La obra, patrocinada por la Diputación Provincial y por el Ayuntamiento, fue publicada como reconocimiento a los que habían contribuido a su realización y además de Rives, colaboraron: Calixto de Quevedo, Raimundo Miguel, Juan Díez Revenga, Vicente Benito García, Mariano Llorente, G. M. G., Vicente García Alonso, B. S. Alberto López Díez, Zacarías Casabal y Julián Sainz.

(54) *Homenaje poético a S. M. El Rey Alfonso XII a su entrada en Burgos el 11 de febrero de 1875*, Burgos, vda. de Villanueva, 1875.

En la Iglesia de Santa Gadea y su archivo están los comprobantes de la pila en que el Cid fue bautizado y todavía existe. Que la Municipalidad envíe a su lector de letras antiguas a la expresada parroquia con un archivero y que se aclare este importante asunto.

La actual Iglesia de Santa Águeda es la misma en que el Cid tomó el juramento al Rey Don Sancho de Castilla. Nos apresuramos a publicar el estudio que tenemos hecho de la preciosa parroquia con el objeto de que sea bien conocida y conservada. Si de aquí pasamos a procurar los medios mejores y más económicos de componer el precioso monumento que en tal deplorable estado se encuentra, hallaremos que no hay otro si no el acudir al hierro que tan seguros y prontos resultados da en el día para esta clase de trabajos. Los muros del templo no ofrecen la necesaria seguridad, los estribos no son sólidos como debieran, la bóveda, por consiguiente no halla su necesario apoyo, luego el problema es, unificar esa mampostería que se desconcierta, reforzar el cimiento, sin exageración, recorrer el muro y establecer el tejado con cuidado y previsión. Además de que el hierro que se emplee para el objeto debe ser labrado de manera que embellezca en lugar de perturbar el carácter del monumento, y tan firmemente como bien ideado; con lo cual el viajero y el amante de las verdaderas glorias y del Arte castellano podrán ver dos cosas a la vez, la una la página sin igual de nuestra Historia; la otra la inteligencia y el ingenio del restaurador, que, triunfando de los obstáculos, supo construir un monumento moderno sobre el antiguo, tan celebrado en inmortales crónicas y en imperecederos cantos del genio castellano (55).

Por lo que se refiere al teatro, escribe algunos dramas: *El pabellón español en África*. Drama original en 4 actos, en prosa y verso, (Timoteo Arnáiz, Burgos, 1859). La obra está dedicada a Don Augusto Besson y, como dice Hergueta, «es una prueba de la extraordinaria imaginación y fecundidad de este notable escritor [...]» (56).

(55) *Fígaro*, núm. 52, 21 de marzo, p. 4. Algunos estudios sobre la Iglesia de Santa Gadea los envía a la Academia de San Fernando (I. Ruiz y R. Pampliega, *El colegio de San Nicolás...cit.*, p. 147.

(56) Hergueta, *Op. cit.*, tomo III, p. 24.

Este drama que, como su nombre indica, canta las empresas de los soldados españoles en África, fue presentado a la censura en el mes de diciembre de 1859. En el Archivo Histórico Nacional se conserva el expediente que contiene las cartas de transmisión de los dos ejemplares de la obra y la consabida autorización y, en el mismo legajo, están los Índices de enero y febrero de 1859, con un ejemplar del número 80 de la *Gaceta de Madrid* del lunes 21 de marzo de 1859, que contiene una larguísima lista de comedias censuradas. Al citar *El pabellón español en África*, que ocupa el número 319, se indica la fecha del 31 de diciembre de 1859. El censor de teatros era A. Ferrer del Río (57).

En 1860 Martínez Rives escribe otra obra teatral: *Colón. Drama anerótico*, en tres actos (58) que fue presentado a la censura a principios de diciembre de ese mismo año. Ferrer del Río, el día 9 de diciembre de 1860, firma el documento en el que declara que no halla inconveniente en su representación. (59)

Un tercer drama, *La minoría de un monarca. Drama lírico en un acto en prosa y verso*, viene publicado en Burgos, en la Imprenta de Timoteo Arnáiz, 1889.

No faltan obras en prosa, como los numerosos artículos publicados en *El Civilizador*, que tocan argumentos muy variados, cito solo algunos en los que consta su nombre: *La filosofía en Grecia. Tiempos primeros* (pp.13-19), *Los institutos de segunda enseñanza. Proyecto de ley. Primera sección* (5, 16 febrero, 49-53), *Burgos y el siglo XIX* (55-58), *Principios sociales. El de la dignidad del hombre en el siglo XIX* (61-65), *Ciencias naturales. Astronomía. El sol* (67-69), *Estudios sociales. Lo que es la inteligencia* (7, 29 febrero, 73-78), *Sistema de comunicaciones vecinales. Ferro-carriles suspendidos* (7, 29 febrero, 78-80), *Traslación de las cenizas del Empecinado* (6, 24 febrero, 68-69), *Las Navas de Tolosa* (91-93), *La fábula de Esopo* (95-96), *A Isabel la Católica* (237). En la sección tercera, *Costumbres, filosofía, crítica*, de *El Caballero de la Triste Figura* hay un serie de artículos (sin firma) que son reflexiones sobre costumbres como *Los Toros* (pp. 47-48); sobre problemas de actualidad, como el

(57) Archivo Histórico Nacional de Madrid, Leg. 11394. N. 307.

(58) José Martínez Rives, *Colón. Drama anerótico*, en tres actos, Burgos, Imprenta de Polo, 1872,

(59) Archivo Histórico Nacional de Madrid, Leg. 11995. N. 232.

titulado *El dinero* (p. 71); sobre historia mítica de la Península, *Orígenes de la historia española* (pp. 79-80); en otros como *La telaraña* (p. 103), toma la araña como pretexto para una serie de consideraciones sobre el comportamiento humano, de claro intento didáctico. Pero no son solo los periódicos de Burgos los que dan cabida a sus artículos, citamos como muestra de su actividad fuera de la capital castellana su ensayo sobre *Las minas de Juarros y la provincia de Burgos*, que fue publicado en el diario moderado *La Época* (26 febrero 1875) y pocos días después en el diario progresista *La Iberia* (7 marzo 1875).

La versatilidad y vastedad de los intereses culturales de José Martínez Rives se manifiesta en una serie de traducciones o refundiciones del francés y del italiano que publica en *El Civilizador: La flor y la planta* (pp. 53-55); bajo el título *Intereses morales*, hace dos traducciones de textos de Masillón *Estudios sobre el corazón humano. El amor propio* (p. 58) y *Estudios sobre el conocimientos del hombre. Vanidad* (pp. 69-70); *Antigüedades. Usos romanos. Funerales. Vasos cinerarios. Urnas sepulcrales, Comidas, Monedas. Sellos y anillos* (pp. 80-82), de un texto de A. Taillhet; *Amor filial* (pp. 93-94), de un texto de Silvio Pellico.

Pero la obra más interesante y a la que ha dedicado más tiempo es la *Tercera Parte del Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*, que él firma con el pseudónimo de Bachiller Avellanado. La novela fue publicada por entregas en *El Eco Burgalés*, y sucesivamente (aunque no completa y con variantes) en *El caballero de la Triste Figura* y en el *Fíguro*, siguiendo la costumbre de la época de hacer salir por entregas las obras literarias. Domingo Hergueta, que tuvo en sus manos un ejemplar encuadernado de la obra con fecha de 1865, cree que la publicación de *El Eco Burgalés* (60) se prolongó bastante, visto que consta de dos tomos, respectivamente de 567 y de 482 páginas (61). Antes había escrito :

(60) *El Eco Burgalés* dirigido por José Martínez Rives, empieza su tercera etapa en julio de 1862, precisamente el día 15 aparece el número 1 de su tercera época. «En un principio se imprimía en la imprenta de Pascual Polo, a partir de julio de 1862 en la de Blas González», (Pérez Manrique, *Op. cit.*, p. 95). Para otras noticias cfr. Hergueta *Ob. cit.*, tomo IV, pp. 141-146.

(61) *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, 3ª parte escrita por el Bachiller Avellanado, Burgos, Imprenta de Blas González, 1865.

En los ejemplares que he visto de esta tercera época, que me han sido proporcionados por mi amigo D. Amancio Rodríguez, que tiene cortado el folletín, he notado un cuerpo de letra allí usado que es idéntico al empleado en el Quijote por el Sr. Rives, que posee, empastado, D. Jacinto Ontañón; impreso en la de Blas González y cortado de un periódico. Lo que hace suponer, verosímilmente, que el citado Quijote se publicó como folleto en el *Eco Burgalés*, como me aseguró un día el inspirado poeta D. Julián Chaves y más sabiendo que fue el director de este periódico D. José Martínez Rives, así como fue editor responsable D. Teodoro Gómez y Flórez (62).

Si tenemos en cuenta que Hergueta había escrito en otra ocasión: «El último número que he visto de aquella época y año tercero es de 6 de enero de 1863» (63) se puede suponer que Martínez Rives no había empezado a publicar su *Don Quijote* antes del 15 de julio de 1862, fecha del inicio de la tercera etapa de *El Eco Burgalés* y no después del 6 de enero de 1863, cuyo número fue el último visto por Hergueta. Sin embargo, los ejemplares a los que alude Hergueta “con el folletín cortado”, podían muy bien corresponder a los números en los que había sido publicado como folletín *El coloquio de los perros*, que terminó de publicarse en el número 24 de ese periódico (30 agosto 1862) o el *Quijote de Avellaneda*, que se empieza a publicar en esa misma fecha. Haciendo un cálculo de las páginas del libro (567 la primera parte y 482 la segunda) y teniendo en cuenta que en cada número del periódico se publicaban 6 páginas, hay que deducir que se empezaría a publicar en 1864, visto que se termina en 1865.

Aunque parece ser que Rives envió ejemplares de esta obra a la Real Academia Española de la Lengua (28 de marzo de 1866), a la de Historia (9 de abril), a la de San Fernando (16 de abril) y a la de Ciencias Morales y Políticas (9 de mayo) (64), mis esfuerzos por conseguir alguno de ellos han sido, hasta ahora, inútiles. Solo gracias a Hergueta tenemos noticias de la obra, pues, además de darnos estas indicaciones ha transcrito el prólogo y el título de todos los capítulos de las dos partes, proporcionando, también los detalles que se

(62) Hergueta, *Op. cit.*, tomo IV, pp. 142-143.

(63) Hergueta, *Op. cit.*, tomo IV, pp. 144-145.

(64) Ruiz y Pampliega, *El colegio de San Nicolás...cit.*, p. 147.

refieren al modo como pudo examinar un ejemplar de esta rara obra que poseía su amigo Jacinto Ontañón (65).

El 1 de marzo de 1868 José Martínez Rives empieza a publicar *El caballero de la Triste Figura*, periódico semanal de Bellas Letras, y en sus páginas publica una nueva versión de su *Don Quijote*. En el periódico liberal *La Nueva Iberia* del 6 de marzo se lee: «**El caballero de la triste figura**». Hemos tenido el gusto de ver por nuestra redacción el primer número del semanario que con aquel título ha comenzado a publicar en Burgos. Le redacta el señor don José Martínez Rives catedrático del Instituto de aquella ciudad; y entre otros importantes trabajos literarios trae el comienzo a la continuación del Quijote» (66). Luego indica donde se pueden encontrar los números sueltos en Madrid. El 24 de marzo el mismo periódico dice que se ha publicado el cuarto número de «este interesante semanario, que da luz en Burgos el señor José Martínez Rives» (67). Pero después de apenas tres meses, por problemas económicos, el periódico deja de publicarse. El mismo editor y director, el 2 de junio de 1868, envía una carta al director de *El imparcial* explicando los motivos que le han obligado a tomar esa drástica decisión. Por esa carta sabemos que había mandado gran cantidad de números para que la gente juzgase viendo los ejemplares, y habiéndole devuelto solo ciento sesenta pero, no habiendo recibido el dinero de los periódicos no devueltos, se ha quedado «sin la edición y sin su valor» así pues precisa Rives «En consecuencia, y a pesar de todos mis deseos, no me queda otro camino sino el de *suspender la publicación*, porque no soy ningún potentado que pueda escribirla o regalarla»; y luego añade: «daré el más fiel y oportuno aviso para que sean devueltas a los señores suscritores, a quienes doy otra vez mil gracias, las posibles cantidades que adeuda el *Caballero*» (68). De las 8 páginas del periódico, en general las cuatro primeras están dedicadas a esa *Tercera Parte del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* del Bachiller Avellanado. Comparando el prólogo que apareció

(65) Hergueta, tomo III, pp. 47-59. Veánse también M. L. Tobar: «De cómo el Bachiller Avellanado hizo que Don Quijote despertara de su secular sueño en la cueva de Atapuerca» ... *cit.*, pp. 11-14; y «Una tercera parte de Don Quijote del siglo XIX ...», *cit.*, pp. 177-190.

(66) *La Nueva Iberia*, diario liberal, año I, número 55, 6 de marzo 1868, p. 3.

(67) *La Nueva Iberia*, diario liberal, año I, número 70, 24 de marzo 1868, p. 4.

(68) *El Imparcial*, diario liberal de la mañana, jueves 4 de junio de 1868, p. 3

en *El Eco Burgalés* (que conocemos gracias a la transcripción de Domingo Hergueta) con el de esta nueva versión, notamos algunas diferencias más de forma que de contenido. Pero leyendo el título de los capítulos que contienen los números del periódico conservados, y confrontándolos con los de *El Eco burgalés* (transcritos por Hergueta) vemos que son muy diferentes.

Martínez Rives, once años después, vuelve a intentar llevar a cabo el proyecto de publicar su *Don Quijote*, en una nueva redacción corregida y depurada. Se sirve de las páginas del *Fígaro* (69), periódico que él mismo había fundado, administrado y dirigido. En el número 29, anuncia la inminente publicación del *Don Quijote*:

La tercera parte del Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha, que en otro tiempo tanto excitó la curiosidad y llamó la atención de nuestros más distinguidos literatos, comenzará a publicarse en *Fígaro*, desde el número próximo. La obra en buena parte está ya juzgada, y creemos que interese un tanto al lector. Y con ella va *El Fígaro* realizando sus proyectos (70).

Efectivamente en el número siguiente (del 5 de octubre, n. 30) sale el primer capítulo, esta vez sin prólogo, precedido de esta nota:

Como lo habíamos prometido hoy comenzamos la publicación de la TERCERA PARTE del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, (por el Bachiller Avellanado.)

Las personas que por la primera vez reciban este periódico y deseen suscribirse, girarán á favor de la Administración del mismo (Laín-Calvo 20, Burgos), la cantidad de dos pesetas, importe de un cuatrimestre. Algunos particulares y Corporaciones que nos adeudan el semestre pasado girarán igualmente su valor, pues de lo contrario se les suspenderá desde hoy el envío de los números.

Esta entrega es la única que se circulará como muestra, y por lo tanto, deben llegar los avisos á nuestras manos antes del día once de este mes (71).

(69) Según Pérez Manrique, (*Ob. cit.* pp. 135-137) empieza a publicarse el 2 de mayo de 1879 y el último número, el 53, es de finales de marzo o principios de abril de 1880.

(70) *Fígaro*, n. 29, 28 de septiembre de 1879, p. 4.

(71) *Fígaro*, n. 30, 5 de octubre de 1879, p. 1.

Pero el *Fígaro* tiene una vida breve, dura trece meses. El periódico burgalés *Caput Castellae* de 1º marzo de 1879 había dado noticia de su nacimiento: «Hemos recibido los dos primeros números prospectos que, antes de hacer su aparición en la forma que tendrá en lo sucesivo, ha circulado nuestro colega local *Fígaro*» y efectivamente el domingo 9 de marzo de ese mes aparece el primer número. Así pues tampoco esta vez el escritor periodista ve cumplido su deseo de terminar de publicar su obra, pues la publicación del *Fígaro* se interrumpe en el número 53, correspondiente al 28 de marzo de 1870 (72), interrumpiéndose asimismo la publicación de *El Ingenioso Hidalgo* en el capítulo 24 de la primera parte. El mismo Martínez Rives, el 31 marzo 1880, había mandado el siguiente comunicado a *El Heraldo de Castilla*, anunciando el cese de su periódico:

Sr. Director del HERALDO DE CASTILLA

Muy señor mío y de mi estimación: Ha llegado el día en que, cumplidas religiosamente las atenciones debidas a la suscripción, deba cesar el *Fígaro*. Original, mucho le sobra, la Tercera parte del Quijote está escrita, pero el hombre no puede hacer imposibles, aunque el *Fígaro* haya realizado el de llegar a la publicación del capítulo veinte y cuatro del Ingenioso Hidalgo.

Esta es la verdad con la cual el autor vuelve a su silencio, guardando el manuscrito de su obra para que le envuelvan con la tierra de sepulcro, si Dios no dispone otra cosa.

Suplica a V. haga pública esta manifestación, con mil anticipadas gracias. Su amigo y S. S. Q. B. S. M. José Martínez Rives.

Burgos, 31 de marzo de 1880 (73).

También *El Papa-Moscas* da cuenta de su fin con esta breve nota: «Nuestro estimado colega local el *Fígaro* ha cesado en su publicación, después de trece meses de su inicio. Lo sentimos» (74).

(72) La colección completa se encuentra en la Biblioteca Municipal de Madrid, consta de 53 números, que van desde el 2 de marzo de 1879 hasta el 28 de marzo de 1880.

(73) *El Heraldo de Castilla*, 5 de abril de 1880, p. 4.

(74) *Papa Moscas*, 2 de abril de 1880, p. 2. En el *Almanaque de El Papa Moscas*, que contiene una interesante colección de monografías y artículos arqueológicos

Efectivamente, el periódico, como tantos otros de la época, tiene una vida efímera. Ya hemos dicho que en el número 30 del 5 de octubre, Martínez Rives había empezado a publicar su *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* con el pseudónimo de Bachiller Avellanado. El 80% del espacio del *Fígaro*, que a partir de entonces cambia carácter convirtiéndose de periódico agrícola y económico en meramente literario, está dedicado a esa novela. Pero, como se ve por la citada carta, el autor no consigue llevar a término su proyecto de acabar de publicar su novela, que ya había revisado completamente. Sería interesante poder encontrar el manuscrito, cuyo paradero desconozco, si es que todavía existe. De cualquier forma, examinando los capítulos publicados nos damos cuenta de que se trata de una nueva versión con notables diferencias respecto a las anteriores; estamos ante un texto más cuidado y seguramente con un estilo que se ha ido depurando y que ha mejorado bastante. Introduce nuevas aventuras y elimina algunas que había antes, incluso cambia el recorrido del andante caballero, pues en esta última versión se dirige hacia Madrid pasando por Sarracín y Saldañuela.

Parece que todavía hay otro intento de publicar la *Tercera Parte del Ingenioso Hidalgo*. Hergueta habla de una probable edición hecha por el tipógrafo Don Anselmo Cariñena, de la que no tiene la seguridad de que haya sido publicada. El crítico explica que en la cubierta de la primera entrega, que tenía Eloy García de Quevedo, estaba escrito:

La extraordinaria aceptación que ha merecido la primera edición de esta obra y los elogios que se le han prodigado por las personas más autorizadas, han impulsado a los editores a publicar esa edición segunda, corregida y aumentada considerablemente. Comprende dos tomos de unas seiscientas páginas cada uno. Vuelve en este libro a vivir, en la sociedad del siglo XIX, el Ingenioso Hidalgo, vuelve el incomparable Sancho, vuelve la memoria de la sin par Dulcinea del Toboso. Ésta es la mayor recomendación para el público, que cada día nos pide más ejemplares de esta clásica y concienzuda obra, que apenas ha terminado cuando ya pasa la barrera natural

sobre Burgos y su provincia, hay también algunas cartas dirigidas a José Martínez Rives (Cuaderno I, Año XII, Imprenta de Cariñena, Burgos, 1889), (Cfr. Hergueta, tomo III, pp. 52-53).

del Pirineo y se deja ver con suma naturalidad y poesía en medio de los franceses. Es cuanto deben decir los editores (75).

Además se explicaba que la obra tendría unas ochenta entregas de dieciséis páginas cada una, elegantemente impresa y se señalan los lugares donde se puede suscribir en Madrid y en Burgos. Hergueta comenta que lo único interesante de esta entrega es que

el prólogo está firmado en Burgos, a 26 de febrero de 1886, por José Martínez Rives, que en el capítulo I, está retitulado *De cómo salió, otra vez al mundo el Ingenioso Hidalgo de la Mancha*, y que comenzó así: "Eran las siete de la mañana, del 12 de junio del año mil ochocientos sesenta y cuatro, cuando me encontraba yo el Bachiller Avellanado," etc (76).

Tanto el título como el inicio del capítulo, coinciden casi sustancialmente con la versión de *El Caballero de la Triste Figura*, la única diferencia es que en este último el mes es mayo y se señala el año exacto, mil ochocientos sesenta y cuatro. El bibliófilo burgalés, además, compara el título del primer capítulo de esa hipotética edición con el de la primera (es decir la del *Eco burgalés*) y con el de la tercera. Y termina su comentario señalando que en esa segunda edición «se hace este Bachiller, natural de la villa y Corte de Madrid, y mal criado en la antigua capital de Castilla la Vieja» (77).

Aunque la osadía de Martínez Rives de atreverse a componer una novela que se prefigura como una continuación de la inmortal obra de Cervantes, fue recibida con sorpresa, la obra tuvo cierta difusión y, en muchos casos, fue acogida favorablemente, como demuestran algunos juicios críticos aparecidos en la prensa. Un cronista desde Toledo expresa el siguiente juicio crítico:

Nuestro muy ilustrado colega burgalés *El Fígaro* ha comenzado a publicar la Tercera Parte del Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha, por el bachiller Avellanado. Francamente manifestamos que el simple anuncio de esta publicación nos asombró, ingenuamente confesamos que pusimos nuestra pobre y exigua imaginación a cuestión de tormento para procurar tocar en el blanco e imaginar que *Tercera*

(75) Hergueta, *Op. cit.*, tomo III, pp. 67-68.

(76) Hergueta, *Op. cit.*, tomo III, p. 69.

(77) Hergueta, *Op. cit.*, tomo III, p. 69.

parte era ésta; y aunque ni la podíamos confundir con la *segunda*, cuyo autor es todavía objeto de cuestión entre los eruditos, ni el consabido Avellaneda con el Avellanado, nada pudimos sacar en limpio y determinamos esperar a que la anunciada obra apareciese.

Es verdad, comenzamos a leerla con gusto y desde el primer número de *Fígaro*, no hemos sabido soltarle de la mano.

La forma, el fondo, el lenguaje, las imágenes, el sabor, todo en fin, nos recuerda al célebre poema del inmortal Cervantes. Hasta la manera de hacer volver al mundo al nuevo y enterrado caballero es original, peregrina, y diremos también única.

Pero cuando excedió nuestra sorpresa, del límite más ordinario, fue al leer la primera aventura del héroe manchego. Entonces comprendimos el objeto de esta original obra; entonces vimos claro que todo es menester para nuestra escasa perspicacia.

No vacilamos en prever o, más bien, anunciar, que será igual en bondad toda la obra, de la cual más de una vez nos ocuparemos en lo sucesivo; que será tan filosófica como a la vez recreativa: que su anónimo autor hace con ella un verdadero y grande servicio a la literatura patria, aumentando su notoria valía con esta verdadera joya literaria y... nos atrevemos a terminar diciendo que entrevemos el nombre del autor y aun creemos nos unió, largos años hace a él una verdadera amistad; y si por hoy no somos más explícitos, se debe a que no creemos oportuno revelar por ahora lo que calla, con excesiva modestia, el que para hablar tiene mayor derecho (78).

Mientras en el diario madrileño *El amigo* se subraya la audacia del Bachiller Avellanado en resucitar a Don Quijote y a su escudero, y al mismo tiempo se destaca su ingenio y su dominio del castellano.

En Burgos se publica un periódico titulado *Fígaro* y en él ve la luz una tercera parte de D. Quijote de la Mancha; en la que el autor, que se recata bajo el pseudónimo de Bachiller Avellanado, resucita al héroe de Cervantes y le hace presenciar y comentar, en compañía de su incomparable escudero, cuantos sucesos pintan el carácter de la época

(78) *El Colonizador de Toledo*, núm. 35, 9 noviembre 1879, pp. 3-4.

presente. Aquí no hay término medio: el autor de tal rasgo de audacia, no puede menos de ser un bobo o un hombre superior; y de bobo no da muestras el Bachiller Avellanado, sean las que quieran las opiniones que sustente en el transcurso de su obra, escrita con ingenio y conocimiento no común del habla castellana (79).

El mismo Fíguro ha recogido algunos juicios sobre esta tercera parte de *El Ingenioso Hidalgo*, publicados en otros periódicos, que pueden dar idea de la acogida de la obra. Transcribo algunos

La distinguida caballerosidad del Director de nuestro estimado colega La Crónica de Burgos ha dedicado las más amables y lisonjeras frases a Fíguro y a su director, especialmente por la continuación del Don Quijote. [...] (80)

El 19 de octubre en *Fíguro*, además de una *Trova a Cervantes* de su hijo Manuel Martínez Añíbarro Rives, se lee la siguiente poesía y aunque no consta el autor, es fácil atribuírsela (el poeta habla en primera persona) a José Martínez Rives, que ironiza sobre su propia obra:

Escenas de Don Quijote
el hado me dio a escribir,
porque te quiero advertir
soy tonto de capirote;
poca suerte lleva el lote
y el billete costa mucha.
Pues la tuya es poca, escucha
los hechos del caballero.
Que por otro tal dinero
no compras ni una babucha.
Sancho Panza, de la moda
figurín el más moderno,
es el personaje eterno
de la historia humana toda
no digas que te incomoda
su necia refranería;
en todo caso sería
un aborto el caballero,

(79) *El amigo*, 7 de marzo de 1880, p. 4.

(80) *Fíguro*, n. 31, 12 de octubre de 1879, p. 4.

que lo que es el escudero
es personaje del día. (81)

e inmediatamente se lee la siguiente nota:

EL ANUNCIADOR VITORIANO tiene la bondad de dedicarnos las más lisonjeras frases por la publicación de la Tercera parte de Don Quijote; damos las más expresivas gracias al amable e ilustrado colega por tanto inmerecido favor como nos dispensa (82).

Hergueta, resumiendo las opiniones que él seguramente ha leído, habla del interés que despertó la obra y de la diversidad de juicios en torno a ella: si algunos alaban sus aciertos y el ingenio del poeta, otros critican su absurda imaginación, su vulgaridad y mal gusto. Este tipo de juicios, obviamente, no ha sido recogido en las páginas de Fígaro. De todas formas, Hergueta no se limita a recoger las opiniones de los demás, expresa claramente un juicio sobre la obra -que me parece bastante equilibrado- con el que consigue, en pocas palabras, dar una idea suficientemente clara de la obra. Y por supuesto no está de acuerdo con algunos versos satíricos y demoleadores que él copia, sin indicar el nombre del periódico que los ha publicado ni el autor. Esto es lo que escribe Hergueta:

En verdad, la obra es muy desigual y comparada con la de Cervantes queda muy por bajo de ella. Pero hay que tener en cuenta que comparamos un Pígameo con un gigante, el mayor novelista del mundo y esto no lo podemos hacer si queremos apreciar su justo valor en mérito de D. José Martínez Rives que indudablemente lo tiene.

En primer lugar el estilo que emplean especialmente en la edición del Fígaro es muy aceptable y semejante al del Manco de Lepanto y esta partida hay que apuntarla a su favor. Todo el saber del Sr. Rives acaso superior al de Cervantes se halla esparramado a manos llenas en los capítulos del libro. En éste quiso más bien hacer la crítica de la sociedad en que vivía que poner de relieve la monomanía de D. Quijote, no obstante presentarlo más desatinado que Cervantes. En cambio, Sancho Panza, resulta mejorado, más enriquecido de

(81) *Fígaro*, n. 32, 19 de octubre de 1879, p. 4.

(82) *Ibidem*.

refranes y mejor imitado que D. Quijote. Los diálogos entre estos dos personajes, aunque no sufren paridad con los empleados por Cervantes, tiran a imitarlos. Como poetas quizás pudieran codearse ambos escritores. Pero el Sr. Rives de exaltada imaginación y de invención que sería más amena, sino la recargara de reflexiones pesadas e impertinentes, carece de aquel buen sentido, de aquella habilidad como novelista que poseyó el hombre más equilibrado del Renacimiento como llamó Menéndez Pelayo a Cervantes.

De todos modos su obra debe contarse en la literatura derivada del Quijote de Cervantes, con tan buen derecho como Capítulos del Quijote que se le olvidaron a Cervantes, el Quijote de los siglos, D. Quijote en Francia, etc. Y no fue justo aquel que estampó en sus columnas.

Murió en Burgos D. Quijote
Y temo que mucho infeste
Al pueblo y que le alborote,
Que el de Cervantes fue azote
Pero el de Rives es peste (83).

Ciertamente, como hemos podido constatar, el proceso de gestación y escritura de la obra hasta llegar a su versión definitiva ha sido largo y penoso. Seguramente el autor era consciente de que la empresa era ardua, pues su sensibilidad y su cultura no podían engañarle sobre la dificultad que suponía enfrentarse con la obra cervantina. No hay duda de que ya desde las primeras páginas demuestra un ingenio nada común y una capacidad de adaptar los personajes, sin cambiar su idiosincrasia, a los nuevos tiempos, utilizando una técnica narrativa que se adecúa perfectamente al texto cervantino. Pero lo que más llama la atención es su dominio de la lengua, que demuestra en la facilidad con la que usa los proverbios, típicos del texto cervantino y, también en el manejo extraordinario de los varios registros lingüísticos, en el contraste y equilibrio entre un lenguaje arcaizante propio del caballero y el escudero, y un modo de expresarse correspondiente al contexto del siglo XIX.

Para Martínez Rives la idea de resucitar a Don Quijote y a Sancho para hacerles vivir nuevas aventuras se había convertido casi

(83) Hergueta, *Op. cit.*, tomo III, pp. 62-64.

en una obsesión, como deja reflejado en el *Prólogo al lector* que encabezaba la obra en sus dos primeras versiones, tanto que, en más de una ocasión, en documentos oficiales se le habían escapado frases que se referían al texto que tenía en su imaginación. Y al lector se dirige también para explicar los motivos que le han llevado a hacer salir «del descanso a nueva vida al valeroso invicto caballero, terror de malandrines, favor de todo gran necesitado, que no es menor su falta en estos días que en aquellos que cuenta el admirable Manco de Lepanto» (84). Es decir, en la segunda mitad del siglo XIX sigue habiendo necesidad de un personaje como el hidalgo manchego que mantenga altos los ideales contra el positivismo reinante, aunque al mismo tiempo puntualiza que los tiempos son otros: «los de ahora son tales, que les niegan poder ser epopeya, con lo cual ya te he dicho todo un libro» (85). El autor, además, explica claramente que para escribir esta obra se ha documentado ampliamente y no solo por lo que se refiere al aspecto literario, sino también al aspecto paisajístico y monumental, pues, según sus palabras, ha recorrido montes y valles, lo que indica un afán de captar detalles de la geografía burgalesa que luego describirá en su obra, atribuyendo a algunos lugares un valor simbólico, como se ve ya desde la primera página, en la que, interviniendo como narrador-personaje, el Bachiller Avellanado hace una estupenda descripción de la cueva de Atapuerca y de sus alrededores. Y es precisamente esta famosa cueva el lugar elegido por Martínez Rives para hacer despertar de su sueño secular a Don Quijote y a Sancho, como vamos a ver al examinar algunos puntos de la obra.

Antes de entrar de lleno en la obra, es necesario precisar que tomamos como base para este análisis la versión de *El Fíguro*, y no solo porque es más completa respecto a la de *El caballero de la Triste figura*, sino también porque es la última redacción que de la obra se conoce y por tanto sería la definitiva; además en ella hay matices que nos indican un esmero y un proceso de madurez en la escritura respecto a las anteriores redacciones.

Como decía antes, esta versión carece de Prólogo y empieza directamente con el despertar a nueva vida de Don Quijote y Sancho. El título es el siguiente: *En que se principia a contar el raro y resonante*

(84) *El caballero de la Triste Figura*, n. 1, 1 marzo 1868, p. 3.

(85) *Ibidem*.

modo como volvió a esta vida y mundo el Ingenioso Hidalgo de la Mancha. Un título que hace hincapié en la rareza y resonancia del despertar a nueva vida de la célebre pareja. Sin duda alguna, Martínez Rives se vale de un expediente bastante ingenioso para ello: colocarlos como figuras petrificadas dentro de la cueva de Atapuerca, junto con otros héroes, para luego hacerlos despertar preparados para seguir enderezando entuertos. Otro aspecto interesante es la presencia del Bachiller Avellanado como testigo de este despertar y, por tanto, como narrador de los hechos, que al mismo tiempo interactúa con los personajes de la ficción narrativa: es decir, con Don Quijote, Sancho y el venerable Atapuerca, numen protector de la gruta, figura fuertemente simbólica que va guiando a los otros tres personajes por los caminos laberínticos de la gruta, y explicándoles las imágenes pétreas que van encontrando.

El principio de la historia presenta una evidente relación de intertextualidad con el hipotexto cervantino:

Eran las seis de la mañana de cierto día, del cual no quiero acordarme, cuando me encontraba yo, el Bachiller Avellanado, en medio de la pendiente de una colina vestida de pocos árboles y raquíuticos, de algunos robles y matorrales, malamente nacidos en un terreno rojizo lleno de pedazos de cráneo de peñasco y sembrado de cantos rodados. (cap. I, n. 30, 5 octubre, p. 1)

Sigue describiendo poéticamente el lugar donde se encuentra con tonos que dan un aspecto fantasmal y misterioso al paisaje serrano. La niebla y la escarcha matutinas contribuyen a difuminar los contornos y a fingir figuras fantasmales y a dejar entrever abismales y profundas simas. El Bachiller Avellanado nos está adentrando en la sierra de Atapuerca, que podemos contemplar, gracias a su descripción, tal como debía aparecer en la segunda mitad del siglo XIX

Aleve es aquella eminencia; cada grieta de las muchas que presenta es la garganta de un antro; si arrojáis una piedra por cualquiera de ella la oiréis descender tropezando y saltando por infinitos escalones que se pierden en un abismo; antes os han de faltar oídos que a la piedra espacio que caminar. Cada fauce de esas tiene una historia que aprenden pavorosos y cuentan con misterio los aldeanos de la comarca. La elocuencia de la naturaleza habla todos los estilos: es dulce y candorosa en la primavera, plácida y tranquila en la tarde de otoño, oscura en el invierno, ceñuda y tétrica en la caverna de

Atapuerca, que es la de un pardo lugarejo de Castilla de cuyo nombre he querido acordarme. (cap. I, n. 30, 5 octubre, p. 1)

Con estas últimas palabras el narrador hace de nuevo un guiño a Cervantes, utilizando la frase inicial del Quijote, pero cambiando el sentido, pues si Cervantes no quiere nombrar el lugar donde empieza su historia, Rives hace lo contrario: no solo afirma que quiere acordarse de este “lugarejo” castellano, sino que cita el nombre.

Avellanado va descendiendo de la colina hasta entrar en un callejón que se abre entre dos paredes de roca «adornados de musgo, bordados de enredaderas y áridas raíces, salpicados de campanillas y alelíos silvestres.» (n. 30, 5 octubre, p. 1). Al final de este estrecho camino, se llega a una espaciosa concavidad, cuyo aspecto imponente y salvaje inspira respeto. De la mano del Bachiller hemos llegado a la entrada de la cueva de Atapuerca, que él describe con ecos gongorinos de la gruta de Polifemo:

La bóveda vierte como sangre roja y negra por sus profundas heridas; silva el viento al taladrar los gruesos muros por las quiebras de sus siglos; murmuran los ecos de las lejanas palabras de los viajeros del valle. Por el costado derecho no hay paso, por el izquierdo se ve a flor de tierra un ojo monstruoso con su ceja de espantables dimensiones; la pupila de ese ojo es la entrada iracunda a la caverna. (cap. I, n. 30, 5 octubre, p. 1)

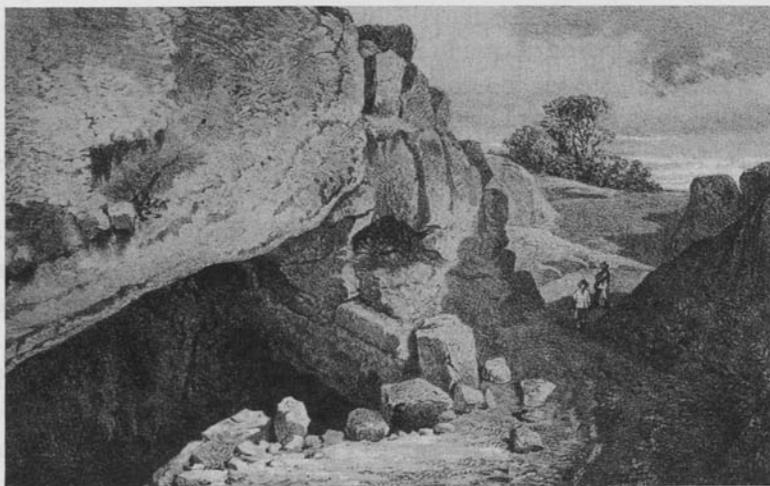


Fig. 3. Grabado de la Cueva de Atapuerca, según Gil Gabilondo, profesor y compañero de Martínez Rives en el Instituto de Burgos a finales del siglo XIX.

Siguiendo los pasos del narrador penetramos en ese antro y vamos recorriendo los diferentes espacios que se abren ante nuestros ojos y observando las extrañas y caprichosas formaciones que el agua, filtrada de la roca, ha ido construyendo a través de los siglos. Después de habernos hecho recorrer una serie de galerías, elige la más profunda que conduce a una honda sima; allí se sienta al borde de un horrible cráter observando todo lo que le rodea, para descender luego por ese pozo que se abría a sus pies, hasta llegar a un espacio inmenso que describe como un espléndido palacio de una belleza extraordinaria. Allí aparecían «templos majestuosos cual en Grecia; alcázares de mármol sobre erizadas rocas; monumentos de bronce» (n. 30, 5 octubre, p. 2), también hay ríos, torrentes, verdes prados y flores perfumadas. Pero lo que más interesa es la presencia de personajes famosos: Homero, Píndaro, Sócrates, Ovidio, Virgilio, César, Godofredo de Bullón, Tasso, Colón. Y allí estaba también Don Quijote acompañado del inseparable Sancho, que se limpiaba los ojos con el puño cerrado, como queriéndose despertar de su profundo sueño de siglos. De hecho, las primeras palabras que pronuncia hacen referencia al pesado sueño de esa noche, tanto que a él le parece «que ha dormido como tres siglos, según lo que me cuesta despertar y volver en mí» (n. 30, 5 octubre, p. 2). Tampoco el caballero se explica esa sensación de profundo sueño, pero de lo que está seguro es de que ha sido un reposo que le «ha renovado y rehecho para continuar el ejercicio de mi profesión» (n. 30, 5 octubre, p. 2). Más adelante recordará que la misión que le ha encomendado el destino es la de «resucitar la edad de oro sobre aquesta dorada que ahora pasa. Y en la tardanza está el peligro» (cap. I, n. 30, 5 octubre, p. 3).

En el segundo capítulo, *En que se refiere la profunda aventura del venerable Atapuerca, que es una de las más intrincadas de esta historia*, empieza con la intromisión del Bachiller Avellanado en la conversación entre el caballero y su escudero. Sale del seto de rosales que le había servido de escondrijo y se dirige a Don Quijote con estas palabras:

-Perdonarme ha su señoría El de la Mancha, pero desde mi arriesgada venida a este aún no averiguado país, crea el caballero andante que no alcanzo ni a tiro de cañón aquella probabilidad, no digo convencimiento, que es menester para certificar un tantico este suceso presente, a pesar de que parece que él acontece, sucede y pasa. Bien barrunto que vos

debáis ser El de la Triste Figura porque hablar os oí; ni creo que con otro alguno podáis ser comparado ni confundido; pero, con todo eso, dado que sois tan bravo como complaciente, os ruego me digáis en descargo de conciencia si verdaderamente sois vivo todavía, a pesar de vuestra antigua muerte llorada por el orbe, y si ejercéis y ejercitáis con regularidad todas aquellas funciones que las gentes de la tierra gastan y usan, y si van todas ellas con el compás y la regularidad que las corresponde (cap. II, n. 31, 12 octubre, p. 1).

El personaje real entra en el juego de la ficción literaria y, fingiendo ignorar en qué lugar están, con un lenguaje completamente adaptado al de su interlocutor, pregunta al andante caballero si efectivamente está vivo. De este modo entra en contacto directo con los inmortales personajes. Don Quijote, viendo su escepticismo, lo invita a tomar su mano «que la fama imperecedera pregona por los ámbitos del mundo» (cap. II, n. 31, 12 octubre, p. 1) para que se convenza de que él sigue vivo. Entresaco algunos fragmentos de la conversación entre los tres personajes que dejan bien en claro el concepto de la fama y de la inmortalidad de los héroes:

- Pues en toda tierra por muerto y enterrado pasáis, repuse yo, con el bien entendido de ser *folloncico de tate, tate*, el que os resucite.

- ¡Hah! Exclamó Don Quijote: *Post tenebras spero lucem*, dicen junto los volúmenes todos de mi historia; y esta mi nueva vida no es más sino que se ha cumplido el plazo de Barcelona.

[...]

- Digo, contestó Sancho, que todavía vivimos tan sanotes y teretes, y lo del *tate tate* solo va con folloncicos.

- Señor Caballero, añadió Don Quijote; muéranse el ignorante, el descreído y envidioso mas no cadáveres sino inmortales son aquellos que pasaron en magnanimidad su existencia toda, con lo que doy por asentada la Orden de Caballería. Y no hay más lugar a ello y punto aparte.

Y quisiera yo saber qué fuera el mundo sin héroes, y qué fueran los héroes con la muerte. Cuanto más que basta y sobra leer cualquiera historia de andantes caballeros para darse a entender que todo con ellos pasa por vía de encantamiento; lo

cual puede probarse con simples nociones de aritmética; digo, con sumar, y no más, los tropiezos, trabajos, golpes, tajos, reveses, cuchilladas, y aun pasagonzalos que sobrellevaron, los cuales ciertamente no hay hombre que pueda resistir a secas. Y quédese esto aquí, porque si para mi vida fuese necesario romper la valla y los hierros de la muerte misma, ese paso no se ha de dar sino que ya está dado, y de que es inmortal Don Quijote de la Mancha darán fe y testimonio verdadero todos aquellos a quienes quisieren preguntarlo. (cap. II, n. 31, 12 octubre, p. 1).

Queda suficientemente claro cómo Martínez Rives, siguiendo a Cervantes y tendiendo un puente entre el pasado y el presente, juega con la intratextualidad, al hacer que Don Quijote aluda a su propia historia y, refiriéndose al texto cervantino, asegure que ya se ha cumplido el plazo establecido en Barcelona y que por lo tanto puede volver a las andantes caballerías. Pero además llama la atención la defensa que hace de los héroes literarios, incluso de su superioridad respecto a los seres mortales que no podrían sobrevivir a los trabajos que ellos han ido padeciendo; para llegar, consiguientemente, a reafirmar el concepto de su propia inmortalidad de la que cualquiera puede ser testimonio.

El cuarto personaje que interviene en esta historia, también un ente de ficción inventado por Martínez Rives, es el venerable Atapuerca. Se trata de un anciano que se presenta ante ellos y se mueve «con grave paso, añoso continente, luenga barba, talar pardo y blanquísima melena [...] apoyándose en un grueso cayado de nudosa encina.» (cap. II, n. 31, 12 octubre, p. 2). Don Quijote, viendo acercarse a este extraño personaje, se apresta a una nueva aventura, pero el anciano le calma asegurándole que, en vez de inquietarse, se tiene que alegrar pues «cumplido se ha el compromiso contraído con el de la Blanca Luna y reclama ya el tiempo la presencia de vuestra señoría en el actual mundo» (cap. II, n. 31, 12 octubre, p. 2) (86). También aquí es evidente el recurso metanarrativo usado por Rives, al hacer que su personaje, con gran naturalidad, dé por sentado que el plazo establecido por uno de los personajes cervantinos,

(86) Las alusiones al texto cervantino son frecuentes, poco después leemos: «- ¡Pues atájenme esas borregas! continuó Sancho. Y esta sí que se deja atrás la de Montesinos» (cap. II, n. 31, 12 octubre, p. 2).

el caballero de la Blanca Luna, se ha cumplido. El anciano sigue explicando que el Cielo ha permitido su vuelta, después de trescientos años, para que triunfe el sentimiento y el valor del heroísmo contra "el positivismo miserable" y para que siga con sus hazañas y sus benéficas empresas. Don Quijote acepta con naturalidad la vuelta a una nueva vida después de tan largo sueño, «¿pues qué son, ni qué pueden valer, bien considerados, esos tres siglillos de nuestro sueño, tratándose de la Orden de Caballerías? (cap. II, n. 31, 12 octubre, p. 2); y, además, recuerda que hay muchos ejemplos de caballeros que durmieron hasta mil años y otros que se burlaron de la propia muerte recomponiendo sus cuerpos divididos en parte con la simple saliva de sus bocas.

Después de estas divagaciones Atapuerca se presenta a Don Quijote con esta palabras:

- Yo, señores míos, prosiguió el de la barba blanca, soy el venerable Atapuerca, genio tutelar de esta caverna renombrada; porque es de saberse que no hay maravilla alguna de la naturaleza sin su guardián deparado por los hados. Yo obtuve en el reparto general el cuidado de esta inmensa gruta, que es, y nada menos, la mansión de todos los héroes. (cap. II, n. 31, 12 octubre, p. 2)

Atapuerca les explica que ellos no pueden seguir en la gruta pues «todo lo terrenal pasa en la tierra, y aquí queda por siempre jamás lo estático» (cap. II, n. 31, 12 octubre, p. 2), por lo que, al estar vivos, tienen que salir de ella. Después va mostrando las figuras petrificadas que moran la gruta y que quedarán allí por siempre, mientras que él volverá a la tierra para seguir con su misión de enderezar entuertos. El discurso de Don Quijote a tal propósito me parece esclarecedor:

- ¡Gracias os sean dadas, o poderosos cielos, por haber nuevamente abierto mis ojos a la luz de la vida! Yo, señor Atapuerca, soy el destinado y escogido por la fuerza y rigor del hado misterioso a podar del árbol de los tiempos toda rama seca o infructífera y a dirigir las convenientes y necesarias a fin de conseguir óptimo fruto; yo he de restablecer el equilibrio de la esencial balanza en que torpe y a escondidas la astuta liviandad pone la mano; la cual, si bien juzgasteis, tendréis por causadora de todos males, yo he de llevar la paz a la cabeza como a los corazones de los hombres; y su alegría

devolveré a la primavera, fruto sazonado al otoño y al invierno la sublime poesía. Yo encenderé a la virtud su esplendente aureola y mostraré cuán fútiles y falsas son la ambición y la sórdida codicia. Y pondré de manifiesto cómo la felicidad habita los paternos y benignos campos mejor que los palacios del cortesano lujo; cómo es más amable y plácido el balido de la oveja que el báquico desorden de la orgía; cómo las puras galas naturales son más fáciles y bellas que las que inventa y finge miserable la vanidad costosa e impotente. Y como para todo esto, y mucho más que siento y callo, ha sido, es y será necesaria y precisa la entre todas nobilísima orden de la Andante Caballería, enderezadora de entuertos, deshacedora de agravios, defensora de doncellas y viudas menesterosas y terror de follones y malandrines. (cap. II, n. 31, 12 octubre, p. 3).

Creo que en estas líneas aparecen claros los motivos que aduce Martínez Rives para resucitar a Don Quijotes y hacerle vivir nuevas aventuras en las que tendrá que volver a enfrentarse con un mundo hostil y lleno de injusticias que necesita del idealismo del sin par caballero.

Terminado el discurso de Don Quijote, que Sancho escucha atónito, Atapuerca, después de asegurarle que él bien conoce sus raras y elevadas prendas, sigue hablando de su existencia ligada desde siempre y por siempre a la de la gruta donde se encuentran, que ha sido testigo a través de los siglos de toda la historia y que ha sobrevivido a guerras y catástrofes. El final de este episodio, que es el principio de la nueva vida terrenal del caballero y del escudero, lo provoca Sancho con una inoportuna intervención: «-Y por ventura, preguntó Sancho, ¿no se halla en todo este palacio mi señora Dulcinea del Toboso? Señor Carapuerca» (cap. II, n. 31, 12 octubre, p. 4). Ante la respuesta indignada del anciano, que tajante asegura que están en una morada de héroes y no de tobosas, Don Quijote, como un energúmeno, le llama bellacón, malandrín y don sin crianza, arremetiendo con furia contra el anciano. Atapuerca, entonces, provoca un fuerte viento que arrastra consigo a Don Quijote, a Sancho y al Bachiller Avellanado y, por una hendidura de la gruta, los lanza al exterior, haciéndoles rodar por la montaña con sus cabalgaduras y todo.

Don Quijote ha vuelto a la tierra con renovadas fuerzas para afrontar los nuevos lances y peligrosas aventuras, en un mundo

desconocido para él. Casi nada más salir despedido de la caverna de Atapuerca se le presenta la primera ocasión, como él mismo dice, de «ver si murió o si vive aún Don Quijote de la Mancha» (cap. III, n. 32, 19 octubre, p. 1). Efectivamente, de repente «comenzó a percibirse a lo lejos un rumor sordo y continuado cual de oculto volcán, y además ruido de hierros o cadenas que se chocan o enredan o que arrastran; y venía en aumento tal que se estremecía la tierra y retemblaba» (cap. III, n. 32, 19 octubre, p. 1), y cuando el caballero se dispone a vivir su primera aventura después de su secular reposo ve a distancia «como un pueblo con sus casas, todas en muy buen orden colocadas, guardadas a modo de calles debidas distancias» (n. 32, 19 octubre, p. 2). La interpretación de Don Quijote denota su habitual costumbre de achacar todo a su enemigo el mago, que está rabioso con su vuelta al mundo y quiere asustarle. Ante tan insólita visión los dos dan su descripción:

-¿No te parece Sancho, que lejos viene a nosotros toda una ciudad con sus palacios y granjas y campanarios? ¿No te admira su marcha majestuosa? ¿no te sorprende el concierto de los edificios de tanta excelsitud e incomparable arrogancia?

- ¡Qué si veo! dijo Sancho; ¡bonico que soy yo para eso! ¡y otros gatos habían de echarme a mí a las barbicanas, adarves, minaretes, fosos y estacadas!

-¿Y qué aunque viniese a mí toda una legión de ciudades y de pueblos! ¡ni qué se me diera a mí de semejante despilfarro! Mas ya caigo en la cuenta, Sancho; y es que llegó el tiempo marcado por los hados en que han de reunirse en una todas las gentes, y así se han declarado todas en viaje; por lo que no me fuera extraño que pasáramos revista a todo el universo sin movernos ni un dedito solo de este ribazo. (n. 32, 19 octubre, p. 2).

En realidad, lo que a los asombrados ojos de la inmortal pareja perteneciente al siglo XVI parecía algo incomprensible, no era otra cosa que un vulgar «tren de mercancías que transportaba de un punto a otro las casetas de su servicio con otro gran número de menesteres» (n. 32, 19 octubre, p. 2). Aunque el caballero intenta acercarse para enfrentarse al gigantesco ser, lo accidentado del terreno y una zanja grande llena de agua se lo impiden, así pues se tiene que limitar a lanzar gritos, amenazas e imprecaciones, atribuyendo al mago encantador que le perseguía la presencia de los obstáculos

que se habían interpuesto entre él y el monstruoso ser. Lo que para los hombres del siglo XIX era perfectamente normal, en la percepción del caballero andante solo puede ser achacado a una transformación mágica. Sin embargo la autenticidad de lo que han visto no pasa desapercibida a Don Quijote, quien comenta a Sancho que las magias ya no son imaginaciones sino patentes realidades y se extraña al mismo tiempo de que ni con el formidable ruido de Atapuerca, ni con lo que ahora pasa no haya aparecido la Santa Hermandad. Poco más tarde «volvió a resonar y retumbar el rumor sordo entremezclado de silbidos de serpiente que se abrasa en llamas; y una negra nube de denso humo se elevaba a la atmósfera dibujando en el aire la ruta de su espantable caminata; mientras que la tierra tiritaba» (cap. III, n. 32, 19 octubre, p. 3). Don Quijote se dispone a arremeter contra lo que él cree Briareo, Egeón por otro nombre, el gigante de cien cabezas y cien brazos hijo del Océano y de la Tierra, pero que en realidad era el rápido de Vitoria, y al acercarse peligrosamente al tren, el maquinista, dándose cuenta del peligro inminente, manda un fuerte chorro de vapor, al mismo tiempo que hace silbar insistentemente la máquina, con lo cual Don Quijote y su caballo terminan en el suelo completamente mojados. Comentando esta aventura el hidalgo manchego explica: «el vientre de Briaco no es sino gran palacio de salones infinitos, alumbrados de lámparas sin cuento, adornado de hermosísimas doncellas, en su cautividad aun contentísimas» (cap. III, n. 32, 19 octubre, p. 3). Más adelante insiste en que también a «magia de las magias» se debe la presencia, a los lados del camino, de los hilos suspendidos en palos clavados en el suelo y asegura que ha visto «bien a lo lejos otro cíclope gigante enterrado de tal manera que solo le sobresalía del suelo el larguísimo pescuezo y la aplastada cabeza» (cap. IV, n. 33, 26 octubre, p. 1). Es decir, asocia la vulgar imagen del tren saliendo de un túnel con su farol en medio, a la de un cíclope con un ojo solo en medio de la frente, un ojo que era puro fuego y que le guiñaba continuamente para engañarle.

Más adelante, en el capítulo VIII, encuentra, por tercera vez, un tren que se está parando en una estación, hecho interpretado por Don Quijote de la siguiente manera: «el jayán se detiene y para el inacabable e indómito caminar de su carrera al pie de ese su solitario y rojo alcázar, en medio de tan temeroso y amplio descampado» (cap. VIII, n. 37, 23 noviembre, p. 2). Aunque los de la comitiva que

iban con él le dicen que no es un gigante sino el tren que se dirige hacia Burgos y en el que todos van a montar, arremete contra lo que para él es el gigante Briareo, con tanta fortuna que va a terminar con sus huesos en el depósito de la ceniza, con lo cual sale todo empolvado, pero sin mayores consecuencias. Los que iban con él lo meten en el tren y en él llega a Burgos donde asistirá a una representación teatral sobre Carlos I en el teatro de la ciudad.

Este capítulo, en el que Don Quijote se encuentra solo (pues Sancho ha sido nombrado por los labriegos diputado para con la experiencia que había adquirido como gobernador de la ínsula Barataria resolviera sus problemas) es particularmente interesante y rico de situaciones en las que lo real y lo ficticio se mezclan continuamente. De hecho, partiendo de una situación creada por un grupo de la alta sociedad burgalesa que antes le habían agasajado con un banquete y que ahora han preparado una mascarada de disfraces que representan personajes relacionados con la historia de Burgos, Don Quijote interactúa con toda naturalidad con ellos hasta que son burdas imitaciones. El primero que habla es un caballero que inmediatamente es identificado por Don Quijote como El Cid:

- Conózcovos, Don Cide el de Vivar, contestó con una cortesía Don Quijote, menos en esa entonación de vuestra fábula y lo estrecho de petos y espaldares; mas como ignorantes tachar pudieran de cobardía cualquiera aun la más mínima tardanza, romped la marcha vos en el son que más vos placiere, que allá do vos quisieredes hais de encontrarme (n.37, 23 noviembre, p. 1).

Luego el caballero manchego va identificando uno a uno a los demás personajes: Fernán González, Diego Porcelos, Laín Calvo, Nuño Rasura, Sancho Garcés, los Infantes de Lara. No le extraña para nada la presencia de estos caballeros, antes cree que los hados han actuado sabiamente al volverlos sacado a la luz y dirigiéndose directamente al Cid le dice:

- ¿qué os ficierades vos agora, señor guerrero, enterrado en ese vuestro nicho de Cardena? Y así creo en buen hora como el estampido de Atapuerca debió despertaros del inútil sueño, de la manera misma a todos estos otros provecos caballeros que aquí vienen y a los mozos de Lara (n.37, 23 noviembre, p. 1)

Con todos y cada uno de ellos va hablando y va recordando algunas de sus empresas, pero después de haber discurrido con ellos un poco de tiempo, algo le hace sospechar que no se trata de los auténticos personajes de la historia pues ni ellos mismos conocen bien sus propios hechos. Les interpela directamente y, ante el silencio de todos ellos, comprendiendo que se trata de una burda interpretación y que los tales no son más que vulgares impostores disfrazados de héroes, Don Quijote les increpa furioso:

Y voto a tal, y por la orden de la Caballería, que a vos los Don Faquines y Don Belitres, haga Don Quijote de la Mancha arrojar por las bocas las almas en tales mentidos cuerpos contenidas, que así de imitaciones y plagios viven y se sustentan; pues que ni sois ni más ser podéis Porcelos, ni Gonzalos, ni Laínos, ni Nueños, ni menos Cides, que yo soy ni ser puedo el Preste Juan de las Indias. ¡Héroes por de fuera! ¡contrahechas figuras de alfeñique! ¡estampas mal trazadas y en mal hora de excelentes y perínclitos varones! ¡imitárades, malandrines, antes los grandes hechos y las hazañas, las virtudes de los héroes castellanos que las vestiduras y forros y capirotos, que tomarse, vestirse y erguir puede cualquier pelaire! Y no os salieran a plaza, los colores cuando os exigieren claras pruebas de verdaderos andantes caballeros (n.37, 23 noviembre, p. 2).

Pero, en el momento de empuñar la espada dispuesto a arremeter contra ellos para castigar su insolencia, aparece por un recodo de la montaña el tren, que él cree el terrible gigante Briareo y, viendo que estaba a punto de pararse, se dispone a atacarle, dejando para mejor ocasión el castigo a los impostores, que así se salvan de la ira del andante caballero. El ataque al tren, que se acaba de parar en la pequeña estación, probablemente Quintanapalla, termina, como hemos dicho, con Don Quijote en medio de las cenizas y sin mayores consecuencias. Al oír el silbido que anunciaba la llegada a la estación de Burgos tranquiliza a los demás viajeros con estas palabras: «No haya en vos doncellas hermosas y nobles caballeros, asomo de espanto ni zozobra; pues que estos chillidos irritantes lenguaje son y gritos a propósito de estos jayanes voladores» (n.37, 23 noviembre, p. 3).

De la estación se dirigen todos al teatro y allí, después de haberlo cepillado para quitarle la ceniza, lo acomodan en un lugar

preferente y, entre los agasajos de las damas y caballeros, se dispone a ver una obra titulada *Lo que importa*, escrita por Don Luis de Ayuso, poeta que había conocido en el banquete que le habían ofrecido antes. A medida que va viendo la representación pregunta por los personajes y comenta las varias escenas y, según se va desarrollando la obra, se muestra cada vez más perplejo pues no reconoce a esos personajes que pertenecen a su época y que, como él mismo dice, ha tenido ocasión de conocer personalmente. Sin poder contenerse, por el poco respeto hacia la figura del emperador que él ha visto y que seguramente no es como el autor de la obra describe, pregunta indignado:

¿De dónde sacaron sus mercedes y excelencias ese emperador que ahí aparece, ni quién metió a vuecelencia en retratos de antiguos emperadores? Pues yo le vi y le desconozco. Mi buen señor Don Carlos el primero nunca usó esa postura así afectada, no la bajeza de sus pueriles ademanes, ni ese entono de farsante de aldehuela. Mucho menos se andaba tal peripuesto y relumbrante, sino opulento, natural al par que imponente y majestuoso. Al emperador su espíritu revestía que no ese entalle mínimo y puntiagudo. Y tan Don Luis de Quijada es ese que veo como yo moro; y ese Don Juan de Austria es embeleco. ¿Y qué decir de mi señora Doña Isabel de Portugal, ni de esa Doña Bárbara nonata, ni de esos todos menguados adminículos?

Por todo lo cual, (y eso ya pronunciaba Don Quijote enarcando las cejas, hinchando los párpados, palideciendo el semblante y saltando los ojos) vos, señor Don Luis, llegáos a ese campo de Agramante y advertid y ordenad a ese drama o grifo o trapisonda, que sin más tardar se arregle, ordena y corrija; y en vuestro bien va todo aquesto (n.37, 23 noviembre, p. 4).

Obviamente el autor de la obra, que ya antes había tratado de explicarle que se trata de ficción dramática y no de realidad, responde que no es posible modificar una obra que están poniendo en escena, lo cual enfurece a Don Quijote, pero lo que le pone verdaderamente fuera de sí es ver cómo daban al emperador, en su lecho de muerte, una poción de chocolate aguado. A ese punto veloz como el rayo baja de su palco al patio de butacas y ante el espanto de todos «deshecha la barandilla de la orquesta y desbaratados cien músicos

instrumentos» (n.37, 23 noviembre, p. 4), sube al tablado, se pone encima de la casilla del apuntador que se viene abajo, toma de la mano a doña Bárbara de Blonberg y la echa fuera, inmediatamente se acerca al lecho de Carlos V queriendo confortarlo. Lo que pasa a partir de ese momento en las tablas descompone totalmente la escena ideada por el autor de la obra, que viene completamente modificada por la intromisión de Don Quijote en una batalla campal, como podemos ver:

- No haya vuesa majestad más sinsabores: puede ya acostarse tranquilo y morir con todo el juicio y sosiego que corresponde, dado que el buen padre Sandoval es aquí presente. Y bien sabedes, y aún más en ese fiero trance, como nada jamás tuvisteis que ver con la tal Doña Bárbara, muy en honra de la Reina Doña Isabel de Portugal y del señor Don Juan de Austria.

Entonces llegó todo azorado Don Luis diciendo:

- ¿Pero no ve, vuelvo a repetir, el caballero, como estas son no más cosas de teatro? ¡Qué diablos ha de ser la señora despedida Doña Bárbara sino la hija de un honrado sastre de Belchite! ¡Ni qué emperador ni Roque ha de ser quien en el lecho yace sino un mocete que se dejó los libros por venirse a las tablas!

Oír esto el emperador y arrojarle sobre Don Luis fue todo uno, y empezar a cuchilladas Don Quijote una misma cosa. Defendíase cada cual como le fue de su caso, Doña Isabel a gritos, su majestad en calzoncillos, el padre Sandoval con el sillón de su asiento, Don Juan de Austria tras la cuja y los colchones, y el apunte con el contrabajo, que agarró con entrambas sus manos para dejarle caer sobre Don Quijote de tal y tan certero modo, que ocasionó el gran músico golpe que no tuvo semejante, ni le habrá de tener en la historia entera del Arte.

Así fue el decir de los divertidos espectadores como hubo dos funciones de teatro a un tiempo mismo en una misma noche. (n.37, 23 noviembre, p. 4).

Otra aventura interesante es la que tiene lugar en una fábrica ubicada en un edificio gótico. Al principio, viendo que el guardián no habla, Don Quijote supone que son cartujos, pero al entrar en una sala grande llena de alambiques, frascos, embudos, tubos, tinajas,

enormes calderas, vástagos y pámpanos, Sancho piensa que se encuentran en la bodega del monasterio. El primer impulso del Hidalgo manchego es de desbaratar todo el tinglado de frascos y alambiques pensando que no tienen otra utilización ni esos «vasos tan grandes y multiplicados, ni estos cucharones y palancas que en ellos se introducen por el artificio de este al parecer inmóvil rodaje sino para fechorías de nigromancia» (cap. IV, n. 33, 26 octubre, p. 2), lo detiene la duda de que efectivamente puedan encontrarse en un monasterio.

- Gracias a ese temor dijo Don Quijote, no he estropeado ya y hecho añicos todos estos armarios de retorcidos adminículos; pues en lo demás, sabido es que en lo áspero de los montes y lo lóbrego de las selvas es donde habitar suelen los encantadores magos y más devoradores gigantes, que en seno como este ocultan los laboratorios donde confeccionan y endiablan sus gigotes y bebedizos. Y no hubo caballero de raza que estas espesuras y escondrijos no explorase (cap. IV, n. 33, 26 octubre, p. 2).

Efectivamente, allí hay una gran caldera hirviente que a los ojos de Don Quijote aparece como un monstruo y que Sancho temblando ve semejante al gigante Briaco. Enseguida se oye una campana y entre las ojivas del cercano patio se ve pasar una fila de mujeres, con lo que el escudero piensa que el convento es de monjas, mientras que para el caballero son reinas, princesas, señoras con sus dueñas, todas ellas encantadas y vestidas con sayales. Como es habitual, Don Quijote interpreta según su visión caballeresca e idealista una ramplona realidad, pues como explicará más adelante un joven campesino, las que el Hidalgo manchego cree princesas y señoras prisioneras, eran simplemente las obreras de la fábrica de un inglés (hijo de un emigrante español) ubicada en el monasterio, las cuales habían sido contratadas porque se las pagaban menos que a los hombres (87).

Las cosas se complican, pues a un cierto punto se abre una trampilla del suelo y sale una figura de mujer vestida de negro, a la cual

(87) Probablemente se trata del monasterio de Fredesval, a pocos kilómetros de Burgos y de Atapuerca, que, como otros muchos, después de la desamortización pasó por varias manos y, entre los varios usos a que se destinó, se cuenta una fábrica de cerveza que funcionaba precisamente en esos años:

dice que él es Don Quijote dispuesto siempre a socorrerla en cualquier necesidad o peligro. La bella mujer contesta que ha oído hablar de él apenas salió «de los encantados antros de Atapuerca, y en vos está el mi amparo» (cap. IV, n. 33, 26 octubre, p. 3). Según dice es la princesa Nineanai, hija de uno de los soberanos más poderosos de África, el cual ha ordenado su muerte para evitar que dispute el trono a su hermano Libio. Al saber que está allí encerrada, Don Quijote gritando empieza a luchar denodadamente, desbaratando toda la fábrica. Sale el dueño y Don Quijote le dice que se dé por vencido. Mientras una voz lejana dice que la princesa ha sido arrebatada por un buitre imperial pues ha sido declarada reina de Nineanai. En el capítulo sucesivo unos mozos que están sentados a la lumbre, explican quién era el inglés y cómo la fábrica ha ardido y que la historia de la princesa africana ha sido una representación que recuerda la de la dueña dolorida. Pero Don Quijote se siente victorioso de esta aventura en el castillo que esos hombres llaman fábrica.

No es posible comentar todos los episodios pero quiero recordar que entre otros lugares de la provincia de Burgos por los que pasa Don Quijote, destaca el palacio de Saldañuela, un lugar encantado donde un viejo mayordomo que dice que su señor ha sido Felipe II, cuenta la historia de ese palacio que el rey hizo construir para Doña Isabel Osorio. En ese lugar Don Quijote y Sancho viven una extraña aventura en la que van apareciendo espectros, fantasmas y esqueletos, toda una procesión de seres hasta que van desapareciendo por el campo uno a uno y se van perdiendo en la espesura del bosque o por estrechas sendas en la distancia.

Para terminar, quiero recordar que la noticia de la salida de Don Quijote de Atapuerca ha corrido por todos los lugares, ya hemos visto cómo, la que se dice princesa africana, que nos remite a la infanta Micomicona, alude a ese hecho; más adelante el marqués Rodrigo de Ayuco lo reconoce también y hace referencia a Atapuerca, y lo mismo hacen otros personajes que irá encontrando por las tierras burgalesas y que en muchas ocasiones preparan verdaderas representaciones para fingir situaciones, escenas y personalidades que Don Quijote acepta como si fueran auténticas, creando así una serie de aventuras en las que la realidad e irrealidad se funden como en la obra cervantina. Las alusiones a personajes, situaciones, episodios del texto cervantino, son frecuentes. También Sancho tiene su momento de aparente gloria en la obra de Martínez Rives,

pues unos labriegos socarrones le proponen que acepte el cargo de diputado, lo que hace que él recuerde el gobierno de la ínsula Barataria. Pero no solo personajes y hechos remiten al texto cervantino, por ejemplo el título del último capítulo publicado en el *Fíguro*, *Del gran discurso que pronunció Don Quijote acerca de las armas y las letras*, en el que también se alude a la cueva de Montesinos, es una repetición casi textual del capítulo 38 de la primera parte. Podemos decir que hay una comparación constante entre el mundo de su primera vida y el mundo actual, lo que origina no solo enfrentamientos sino también situaciones curiosas e interpretaciones de los hechos reales que, al ser incomprensibles para el hidalgo manchego, son interpretados como obra de encantadores. Es decir, estamos ante un continuo e interesante juego intertextual, dentro de una hipertextualidad en la que el hipertexto del Bachiller Avellanado es una reescritura que se configura como una continuación del hipotexto cervantino (88) con una estrecha relación de dependencia entre ambos fácilmente captada por los lectores.

RESUMEN. Durante el siglo XIX pervivió la ganadería trashumante con bastante vigor en algunos de los pueblos de las sierras de Castilla en que había sido una actividad tradicional. Uno de esos pueblos serranos es Pineda de la Sierra (Burgos), donde después de la guerra de la Independencia surgieron nuevas familias ganaderas de carácter plenamente burgués que se mantuvieron en la trashumancia hasta finales del siglo XIX, logrando en algunos casos ser poderosas familias capitales. Se describe el desarrollo de la ganadería trashumante dentro de las actividades económicas serranas y de la sociedad local para comprender mejor su situación.

Palabras clave: Trashumancia. Ganaderos trashumantes. Castilla. Burgos.

ABSTRACT: During the 19th century transhumance cattle raising remained quite vigorous in some villages in the Castile mountains, where it had been a traditional activity. One of those highland villages is Pineda de la Sierra (Burgos), where, after the Independence War, new middle class cattle raisers families appeared. They kept transhumance up until the end of the 19th century, managing to amass important sums of money in some cases. The development of the transhumance within the economic highland activities and de qual

(88) Cfr. Gerard Genette, *Palimpsestes*, Paris, Seuil, 1982, pp. 11-12.

que unos viajeros accidentalmente descubrieron, después de un largo viaje, el que era el lugar donde se encontraba el tesoro. Para no ser descubiertos, los viajeros se escondieron en un lugar apartado y allí se escondieron hasta que pasaron los días. Después de esto, los viajeros se fueron a casa y contaron lo que les había pasado. Desde entonces, se ha convertido en una leyenda que se cuenta a los niños y a los jóvenes. En la novela, Cervantes utiliza esta leyenda para explicar el comportamiento de los personajes. Los viajeros se esconden en un lugar apartado y allí se escondieron hasta que pasaron los días. Después de esto, los viajeros se fueron a casa y contaron lo que les había pasado. Desde entonces, se ha convertido en una leyenda que se cuenta a los niños y a los jóvenes.

No es posible comprender la obra de Cervantes sin tener presente que entre otros lugares de la provincia de Burgos por los que pasó Don Quijote, destaca el palacio de Saldadela, un lugar encantado donde un viejo mayordomo que dice que su señor ha sido Felipe II, cuenta la historia de ese palacio que el rey hizo construir para Doña Isabel Orco. En ese lugar Don Quijote y Sancho vivían una extraña aventura en la que con frecuencia espantos, fantasmas y espectros, todo un procedimiento de seres hasta que van desapareciendo el campo uno a uno se van perdiendo en la oscuridad del bosque o por estrechas sendas en la distancia.

Para terminar quiero recordar que la historia de la salida de Don Quijote de Alapuerca ha corrido por todos los lugares, ya hemos visto cómo la que se dice princesa alta y noble, que nos remite a la Infanta Micaela, alude a este hecho, más adelante el marqués Rodrigo de Arque le reconoce también y hace referencia a Alapuerca. No mismo hacen otros personajes cuando se refieren por las tierras burgalesas y que en muchos casos se refieren a la verdadera representación para llegar a la obra de Cervantes y personalidad que Don Quijote acepta como el héroe de la novela, creando así una serie de aventuras en las que el mundo de la realidad se funde como en la obra cervantina. En esta novela y personajes, situaciones, episodios del texto cervantino, son frecuentes. También Sancho Panza en su momento se refiere a este hecho.